

# La Ilustración



# Artística

AÑO XXXII

BARCELONA 1.º DE DICIEMBRE DE 1913

NÚM. 1.666

ROMA - GALERÍA DE ARTE MODERNO



EULALIA CRISTIANA, escultura de Emilio Franceschi

(De fotografía de Vassari, remitida por Carlos Abeniacar.)

## SUMARIO

**Texto.** - *Revista hispanoamericana*, por R. Beltrán Rózpide. - *El Palosanto*, cuento de Luis Almerich. - *Fernando Viscal*. - *Una misión mágica en San Petersburgo*. - *Barcelona*. *El ministro plenipotenciario de Cuba*. - *Una expedición coruñesa*. - *El museo Masriera*. - *Madrid*. *Estreno de «El Secreto»*. - *Conferencia del Sr. Levillier*. - *Afredo Rüssel*. - *Monumento a Liebig*. - *Excmo. Sr. D. Joaquín Sostres*. - *El teléfono sin hilos*. - *Gil de Claircoeur* (novela). - *Barcelona*. *La inscripción marítima*. - *Libros*. - *Marruecos*.

**Grabados.** - *Eulalia Cristiana*, escultura de E. Franceschi. - Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración a *El Palosanto*. - *En la taberna*, cuadro de Ana Airy. - *Auto-retrato; Labradora valenciana; María «la Sreñana»; Las primas; La moza del cántaro*, cuadros de Fernando Viscal. - *Notas de San Petersburgo, Barcelona, Madrid y Marruecos*. - *Alfredo Rüssel Wallace*. - *Monumento a Liebig*, obra de Jobs. - *Excmo. Sr. D. Joaquín Sostres Rey*. - *El inventor de la telefonía sin hilos Víctor Laughter y su aparato*.

## REVISTA HISPANOAMERICANA

**Perú:** la instrucción pública: las antigüedades y la defensa del tesoro artístico nacional: las relaciones con Chile. - **Ecuador:** la cuestión de frontera: malestar interior. - **Colombia:** rivalidad con el Perú: aspiraciones a conservar la paz y el orden público. - **Costa Rica:** la situación política y financiera. - La cuestión de las deudas exteriores en *Nicaragua, Guatemala y Honduras* y en varios Estados de la Unión angloamericana. - El analfabetismo político en Centroamérica. - La empleomanía, las incapacidades y los partidos burócratas en la vida política y en la administración pública. - *República Dominicana:* guerra civil.

En el Perú, aparte las cuestiones de hacienda, que son actualmente las de mayor interés, y a las que me refería al terminar la *Revista* anterior, han tenido que atender los gobernantes, en estos últimos meses, al estudio y solución de asuntos o problemas de otra índole, también de importancia en la vida interior y exterior de la República.

Pudo dominarse la difícil situación creada durante algunos días de septiembre último por la huelga de braceros que habían hecho paro general en El Callao.

Las reformas en Instrucción pública, que propuso una comisión nombrada al efecto, parece que se aplazan. El ministro Sr. Paz Soldán alude a ellas en documento o memoria oficial, y hace observaciones muy dignas de tenerse en cuenta. Sin más rumbo muchas veces que el que obliga a tomar las ideas personales de los encargados de la dirección de los asuntos del ramo, o bien copiando literalmente las disposiciones extranjeras, las reformas que así se ha pretendido introducir en materia de instrucción han dado consecuencias desastrosas. No se ha tenido presente en la resolución de este complicado problema nacional que para obtener un sistema de educación en armonía con los principios científicos y con las peculiares condiciones del país, es absolutamente indispensable estudiar mucho y muy a fondo los elementos que individualizan el problema, es decir, la raza, el medio, la capacidad del personal docente y los recursos económicos. Sólo por una constante y definida labor pacientemente seguida durante años es posible llegar a conseguir resultados apreciables. Inspirado en estos principios, el ministro declara que en cuanto se refiere a la instrucción su norma ha de ser la prudencia en implantar reformas y la compilación de todos los elementos que permitan el estudio documentado y científico de esta cuestión.

Llama también el ministro la atención sobre la necesidad de defender el tesoro artístico nacional. Los especuladores extranjeros que con frecuencia llegan al país para hacer acopio de antigüedades artísticas, dirigen de preferencia sus operaciones sobre los templos coloniales, donde hubo tantas joyas de inestimable valor, desaparecidas hoy, y donde aun quedan algunas que es deber del país conservar. Comprados a vil precio, o permutados por objetos modernos de escaso valor, desaparecen cuadros de gran mérito, esculturas antiguas, vasos sagrados artísticos, ornamentos, etc., que constituyen el patrimonio inestimable de las épocas pasadas. Quiere Paz Soldán que se prohíba en absoluto la enajenación de objetos artísticos de los templos y que se castigue a los infractores.

Las relaciones con Chile han estado en período de mayor acercamiento e intimidad. Lo inició en el Congreso de estudiantes un noble impulso de la juventud de ambas repúblicas, y ha continuado gracias a la clase obrera. Una numerosa delegación de obreros peruanos ha ido a estrechar lazos de fraternidad con los de Chile. La despedida de los peruanos en Valparaíso, la marcha del vapor que los conducía, fué una verdadera marcha triunfal entre aclamaciones y vítores entusiásticos. Era el triunfo de la solidaridad chileno-peruana.

Deber de justicia es consignar que en esta labor fraternal cooperan muy en primer término y con ac-

ción directiva los gobernantes de Chile y del Perú, y en especial los dos presidentes, Barros Luco y Billinghurst. Como indica un periódico de Lima, sólo falta que un noble arranque de parte de Chile elimine los últimos obstáculos para la definitiva y cordial armonía entre las dos grandes repúblicas del Pacífico en el Sur de América.

\* \*

Por el Norte, o sea del lado de la República ecuatoriana, continúan las cosas poco más o menos como están hace años. Si hemos de creer a la prensa de Guayaquil y de Quito, las tropas peruanas aprovechan toda ocasión de ganar terreno en la zona que el Ecuador supone suya. Los patriotas ecuatorianos ponen el grito en el cielo y protestan contra los proyectos de arbitraje, considerándolos como un subterfugio de que se vale el Perú para demorar el arreglo de la cuestión de límites, causa permanente de discordia entre ambos países. La verdad es que uno y otro mantienen un especial y peregrino punto de vista respecto al arbitraje; lo consideran aceptable, pero a condición de que el árbitro falle a su favor.

No cabe tampoco consignar impresiones satisfactorias respecto al estado interior de la República ecuatoriana. Hay motines o pronunciamientos en algunas provincias, temores de revolución en otras, peste negra y fiebre amarilla en Guayaquil y otros puertos.

\* \*

La actitud de Colombia respecto al Perú, en cuanto a límites o fronteras, es poco más o menos la misma que la del Ecuador, pues los avances peruanos se hacen por territorios a que también alegan derechos los colombianos. En las provincias o departamentos del Sur hay un gran movimiento de opinión favorable a la guerra con el Perú, y el Gobierno de Bogotá tiene que hacer grandes esfuerzos para evitar conflictos y mantener la paz, que es la aspiración predilecta del actual Presidente Sr. Restrepo.

Ni guerra exterior ni guerra civil; sobre todo hay que evitar ésta que ha sido la gran vergüenza de la República. Liberales y conservadores declaran una y otra vez su firme propósito de no omitir sacrificio alguno para conservar la paz y el orden. Sólo así podrá cumplir Colombia los grandes destinos a que está llamada por su situación geográfica y por las riquezas naturales que atesora.

En agosto del próximo año termina el período constitucional del Sr. Restrepo, y se habla ya del Dr. José Vicente Concha como candidato a la Presidencia de la República.

\* \*

También en Costa Rica está a la orden del día el problema de la renovación presidencial. El Presidente que cesa, Sr. Jiménez, hace constar en su último mensaje que la armonía y la cordialidad han sido nota constante en las relaciones internacionales. En el interior nada ha turbado la tranquilidad del país, y éste ha desenvuelto normal y progresivamente todas sus fuentes de producción. Los ingresos han superado a los gastos; hay, pues, superávit, que aun podría ser mayor si fueran menos los ciudadanos que eluden el pago del impuesto y si no fueran tan frecuentes los terremotos que obligan a acudir en socorro de los pueblos perjudicados.

La situación financiera ha mejorado considerablemente. Los arreglos o convenios pactados con los acreedores extranjeros se cumplen con toda puntualidad y, como dice el Sr. Jiménez, los costarricenses pueden leer los periódicos financieros de todo el mundo sin encontrar una sola apreciación molesta para su país.

\* \*

No sucede lo mismo con otros Estados centroamericanos. Nicaragua, Honduras, Guatemala venían figurando en la lista negra de los deudores que no pagan. Recientes convenios y la intervención de los Estados Unidos han modificado en sentido favorable para los acreedores la situación financiera. El Gobierno de Guatemala ha pactado ahora también con los acreedores ingleses. Respecto de Honduras han fracasado las varias tentativas hechas para conciliar los intereses de la nación con los de sus acreedores. Bien es verdad que se trata de una deuda más artificial que efectiva, y los gobiernos hondureños hacen cuanto pueden para salvar a su país de los agios y combinaciones que pusieron en juego los especuladores en deudas americanas.

Mas no son tan sólo hispanoamericanos los que deben y no pagan. Están también en completa sus-

pensión de pagos nueve Estados de la Confederación angloamericana, a saber: Alabama, Arkansas, Florida, Georgia, Luisiana, Mississippi, Carolinas del Norte y del Sur y Virginia occidental. Entre todos deben, por capital e intereses, unos 26.000.000 de libras esterlinas. Ninguno pone empeño en regularizar el servicio de su respectiva deuda; pero los acreedores, que han organizado una sociedad para defender sus intereses, procuran estar al corriente de la vida financiera de aquéllos. No ha mucho, Carolina del Norte y Mississippi trataron de contratar pequeños empréstitos; la junta o comisión directiva de los acreedores se apresuró a llamar la atención de los banqueros y capitalistas sobre la poca confianza que debían merecer dichos Estados, y los empréstitos no se hicieron.

Volviendo a la América hispana, esta cuestión de las deudas y de los capitalistas o acreedores extranjeros puede relacionarse - como hace notar la *Revista Económica* de Tegucigalpa - con el «analfabetismo político».

No se trata de las gentes del pueblo que no saben leer, aunque desde cierto punto de vista y con relación a países democráticos en que hay sufragio universal, el voto de los más, que son los analfabetos, algo tiene que influir en la escasa cultura intelectual de las clases directoras. El articulista se refiere a estas últimas, a los que se dedican al oficio de legislar y administrar y que aunque sepan leer, leen poco o no entienden lo que leen, o no leen lo que deben leer. Claro es que se habla de una manera general, pues hay políticos que leen, estudian y saben lo necesario para ser hombres de gobierno; pero también son muchos los que leen la «cartilla de la conveniencia particular y de los intereses personales» con más gusto que la «cartilla del bien público». Esta preferencia que el político de oficio - es decir, el que para poder vivir necesita ganar y conservar posición política o administrativa - da a la conveniencia particular y al interés personal, y además la incapacidad de muchos para hallar la solución de los problemas económicos, conduce a los países a un estado financiero ruinoso, lanza a los pueblos a la revolución y los pone en el duro trance de entregarse al capitalismo extranjero.

Este asunto, en sus varios aspectos y matices, es tema favorito de críticas y reflexiones entre los modernos escritores centroamericanos. Hace allí falta seleccionar más para elegir las personas que ejercen cargos de gobierno y administración. Leo con frecuencia en aquella prensa protestas muy duras contra la mala administración, que tiene su origen en la falta de servidores públicos idóneos. Señálanse como grandes males que piden pronto y eficaz remedio la empleomanía y el predominio de las incapacidades en la vida política. Hay que acabar con esos partidos burócratas que apoyan al Gobierno cuando tienen empleos, y hacen violenta oposición cuando no los tienen. Hay que evitar que cualquier modesto artesano, por ser persona influyente entre las masas y disponer de votos, pueda llegar a ocupar altos cargos en la administración de Hacienda o en Instrucción pública. Se pide, pues, lo que ya se hace en Europa y en varias naciones de América; empleados públicos de carrera o por oposición, con lo que también se difundirá la cultura general entre las personas aptas para la vida política, pues indirectamente se obligará a leer más y a estudiar mejor.

Esta actitud y estas aspiraciones de los intelectuales centroamericanos son un signo de evidente progreso. No se transige ya con las costumbres políticas tradicionales, y se quiere dignificar y enaltecer a los hombres de administración y de gobierno.

\* \*

Consideraciones análogas pudieran hacerse respecto a otros Estados de América, y entre ellos muy especialmente la República dominicana, donde en septiembre último se renovó la guerra fratricida, a causa de las rivalidades y ambiciones de los partidos políticos o parcialidades que aspiran a disfrutar del poder. En vano los buenos patriotas dominicanos piden que se depongan pasiones e intereses mezquinos; imperan éstos, y no hay medio de entrar resuelta y definitivamente en una era de reconstrucción nacional.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de



EL PALOSANTO

CUENTO DE LUIS ALMERICH

Dibujo de Mas y Fondevila

El huerto, verde, pomposo, borracho de luz, presumía con noble vanidad la riqueza de sus entrañas jugosas. Junto al caserón de adobes, demora de los torreros, besaba la tierra parda, en supremo desmayo de plenitud, un fecundo palosanto. Atado al tronco del árbol, dormitaba run-runcando el mastín. En los camellones, Gorio el de Almacellas laceraba los surcos con el azadón, dejando en los minúsculos aludes las guijas inseguras que impedían el resbalo de las aguas.

— ¡Eh! ¡Gorio!, gritó desde la puerta del caserón la mujer del torrero, que en el desaliño del hogar campesino mostraba desnudos los brazos, unos brazos venosos, como alambrados, fuertes para el y amor vigorosos para el trabajo.

— ¡Quéee!

— ¿Anda contigo ese malasangre de Gasparín?

— Un momento estuvo en la alberca, para dar un rodeo, escapar de mi vista y trepar al palosanto del recodo; pero sospeché la granujada y le grité: «¿A que te tiro?» Y le tiré un puñado de tierra que me vino a mano... No le di y escapó... Ese condenado, como encuentre un granado cerca, verás tú cómo se pone. Espera...

Y abocinando las manos, gritó:

— ¡Gasparíiin!

El eco llevóse la fermata campos de Urgel adentro, sin encontrar la respuesta.

— ¡Jesús! ¡Jesús! Este endemoniado va a dejarme en los huesos... ¡Gasparíiin!

— ¡Déjale!.. Se habrá encaramado a un árbol, en competencia con las hormigas, pero verás tú cómo le quita la querencia el granero.

Marido y mujer volvieron a sus labores: Gorio, a arrancar la cizaña, a separar los pedruscos y a afirmar el cajero de la acequia; su mujer, a ordenar unas ristras de ajos secos que presentaría a mercado la mañana siguiente. Él, sazónando la tierra con el sudor de su cuerpo. Ella, mejorando la hacienda con el hábil trenzado que ejecutaban sus dedos en la ristra.

Transcurrió mucho tiempo. Mudos y atareados, dejaron declinar el sol, con esa lentitud estival que invita a la molicie de la siesta y al frescor saludable del baño.

Al anudar el trenzado de la última ristra, la mujer levantó la cabeza y volvió a recordar al rapazuelo ausente.

Ese endemoniado va a dejarme en los huesos... ¡Gasparíiin!

— ¡Gasparíiin!

— ¿No ha aparecido todavía?

— Todavía no y me inquieta, Gorio. Ya sabes que no acostumbra separarse de la torre.

— Habrá encontrado otros chiquillos y estará persiguiendo lagartijas... Sin embargo, a esta hora...

Gorio, entretanto, acercóse a la casa. Paróse y escuchó. A lo lejos no se oía otra cosa que el salmo melancólico de las aguas que se enciman y atropellan río abajo.

Teresa, la torrera, preguntó de pronto con acento angustiado:

— ¿Habrá ido hacia el río?

Gorio se estremeció. Llevaba rato escuchando la corriente cantarina y pensando en aquella «cabecita loca» que retoñara en Teresa al año de casados. Todavía quiso probar:

— ¡Gasparíiin!..

Los álamos del río, labrados en plata vieja, levantaron rumor de sedas. Gorio no aguardó más y corrió por la calada guijarrosa que nacía al pie de la torre y moría en las arenas.

— ¡Gasparíiin!.. ¡Gasparíiin!..

Teresa siguió, con el corazón oprimido, a su esposo.

— Como le encuentre, verás tú qué azotaina llevará esa perdición de hijo come pan y mal criado.

— Calla, Gorio, no tientes a Dios, que Gasparín no es mejor ni peor que los otros.

— ¡Ya! Las mujeres sois más blandas que un fresón. ¡Como tú no ocultaras sus picardías!.. ¡Gasparíiin!..

El perro, desperezándose, erguía sus orejas y ventaba hocico al río. Apenas llegada Teresa a la ori-

lla, aljofarada como si hubiesen llovido sobre ella partículas de cristal, repitió, angustiada, palpitante:

— ¡Gasparíiin!..

Y el perro, sumándose al eco, lanzó un ladrido agudo que repercutió en el vacío como una melodía funeral.

Marido y mujer miráronse temblando.

— ¡El perro llora, Gorio!

— ¡El perro llora, Teresa!

Gorio hizo pantalla de la siniestra mano y miró aguas abajo. El sol bruñía la undosa superficie y Gorio fué entornando los ojos para no deslumbrarse y ver mejor la lejanía. Teresa contemplaba ansiosamente el rostro de su marido.

— ¿Ves algo, Gorio?

— Nada, Teresa... ¡Las aguas no hablan!, murmuró desalentado Gorio.

— ¡Señor!.. ¡Señor Dios mío!.. ¡Misericordia!.. ¿Dónde tienes a mi hijo?, gemía Teresa, mesándose el cabello enjuto y áspero y separando los mechones que se retorcián en la frente.

El perro seguía aullando, sujeto al tronco y pugnando por soltarse.

Hubo un instante de mansa quietud, que sólo turbaba el vivo acezar de los padres del rapaz perdido. Gorio inclinó el cuerpo hacia el río y sus cabellos se erizaron. Retrocedió sobrecogido y asiendo por el brazo a su mujer, señalóle a lo largo, bajo el puente, junto a los tajamares, un puntito negro que flotaba a la ventura.

— Teresa, murmuró sombríamente, ¿ves?

— Veo, Gorio, balbució, transida por el terror, que hacía enmudecer su lengua y agarrotaba sus piernas y sacudía sus músculos. Es una cabeza, ¿verdad?

— Si... De niño...

— ¡Gorio!.. ¡Gasparín!, gritó ronca y trastornada Teresa.

Gorio, con los ojos vidriosos, siguió el curso bullicioso del puntito negro que agitaba la turbulencia de las aguas. Volvió luego con lentitud hacia su desolada esposa y la abrazó, al tiempo de destocarse con imponente gravedad.

— Dios lo quiso, Teresa, esposa mía... ¡Gasparín pertenece a Dios!

Estrecháronse pecho contra pecho y el dolor implacable, templado por los sollozos, juntó en trágico haz aquella triste miseria de los padres sin ventura.

Las lágrimas aflojaron los nervios, cayeron los brazos inmóviles y Gorio y Teresa, rehuendo la visión del río traidor, retornaron a la calada andando trabajosamente, como si todo el peso de su infortunio los sujetara a la tierra.

De tiempo en tiempo, como un ruego quejumbroso, escapaba de los labios de Teresa un humildísimo: «¡María Santísima, Madre de los Desamparados, no me abandonéis en esta soledad!»

Y de labios de Gorio fluía un airado «¡Dios!..» fuerte, enérgico, torvo, duro como una maldición.

Solitaria la vereda, solitaria la torre, Gorio y Teresa, apoyados uno en otro, llegaron a la puerta del hogar desolado y penetraron en él, y recorrieron sus aposentos, la solana, la bodega, la cocina, con la dulce esperanza de una resurrección. Todo inútil. El hogar vacío, donde tanto embullara el muchacho retozón, seguía vacío. Gorio y Teresa, alelados, mirábase, castañeteando de dientes, mohinos, demudados, temblorosos.

— ¿Por qué te lo llevaste, Dios, Dios mío, Dios bueno, Dios santo, a mi hijo, carne de mi carne, consagración tuya divina de nuestro amor bendito?

Gorio, hombre, dominó su dolor.

— Hay que avisar a la justicia, Teresa... Que nos lo entreguen muerto, ya que no vivo; que sepamos luego dónde reposan sus cabellos rubios, sus manecitas blancas, su cuerpecito dorado por el mismo sol que dora nuestros trigales...

— Sí, Gorio, dices bien; que el maldecido río no se goce de su presa...

Y marido y mujer salieron al atrio, dispuestos a comunicar al señor juez toda la hiel de su corazón deshecho.

El sol tendiase ya sobre el valle de Utxa. En el firmamento, de un azul mate, tirando a albino, aparecía la luna como una rajita de manzana. ¡Blancura de plata, blancura triste!

Al pie del palosanto, el mastín rastrea, levanta la cabeza, olfatea el aire. La cola semeja la batuta de una orquesta invisible, señalando los compases de una tonadilla alegre.

El perrazo ladra, pero su ladrido es alborozado, pleno, sin arregañar los dientes, manso y retozón como nunca.

Gorio detúvose.

— ¿Oyes, Teresa, el perro? No aúlla ya... ¿Y si nuestro hijo?..

No terminó... Era aquella demasiada locura.

— Virgen de Greñana, por tus dolores en la Cruz, yentes y vinientes descalzos siete veces seguidas se-

ríamos, de tu ermita, si nos devolvieras a Gasparín.

Un rumor de seco follaje acogió la promesa, y de la copa del palosanto saltó al suelo, sonriente como una lumbrarada de sol, el rapaz perdido. Gorio y



En la taberna, cuadro de Ana Airy

Teresa despejaron de fantásticas telarañas sus ojos con el envés de la mano, vacilaron, sintieron caer de rodillas, y de hinojos se postraron, en tanto corría hacia ellos, con sus piecitos desnudos, su camisita henchida de palosantos, el llorado galopín.

— ¡Madre! ¡Madre! ¡Mira qué frutos más regalados!

El mastín festero debatíase por correr hacia el rapazuelo.



Autorretrato del celebrado pintor valenciano Fernando Viscaí, autor de los cuadros que en la siguiente página reproducimos. (Fotografía de Photo-Hispania.)

Gorio y Teresa, embargados por la emoción, besaron llorando aquel fruto, el más regalado de su huerto, que aun no han sabido si bajó del cielo ó bajó del palosanto.

FERNANDO VISCAÍ

Este notable pintor, cuyo retrato, pintado por él mismo, publicamos en esta página y algunos de cuyos cuadros reproducimos en la siguiente, nació en Valencia en 1879 y se dedicó en sus primeros años a la alfarería. Llevado, sin embargo, de su afición a la pintura, matriculóse en la Academia de San Carlos de aquella ciudad y en ella hizo sus estudios, que hubo de suspender en 1897 cuando la muerte de su padre le obligó a atender al sostén de su familia.

En 1903, la Diputación provincial valenciana convocó unas oposiciones para varias plazas de pensionados de pintura, y a ellas presentóse Viscaí con extrañeza general, pues nadie le creía en condiciones de poder luchar con los demás opositores, que eran conocidos y en los cuales tenían puesta su atención los diferentes grupos de aficionados. Y mayor aún fué la sorpresa de todos, incluso del jurado, cuando vieron que de los cuadros presentados el mejor era indudablemente el de Viscaí, a pesar de que

éste en su vida había hecho un boceto de composición.

Hallábase, en aquella sazón, en Valencia el eminente Sorolla y el jurado, queriendo asesorarse con la opinión de tan ilustre artista, llamóle confidencialmente a la Academia y le mostró todos los cuadros presentados; Sorolla, sin vacilar, señaló el lienzo de Viscaí, diciendo que éste era el único pintor que allí había. Hoy el cuadro aquél está en el palacio de la Diputación provincial valenciana.

Al año siguiente presentó en la exposición cuatro telas, habiendo sido premiada la titulada *Entre dos fuegos*.

Dejó luego de pintar durante un largo período por habérselo llevado a Madrid un escritor muy celebrado y muy metido en la política de Valencia, quien le tuvo empleado en negocios editoriales, de imprenta, de litografía y de encuadernación y utilizó además sus servicios como secretario particular, es decir, le hizo hacer de todo menos de lo que en realidad debía haber hecho, que era pintar.

Y ocupado en aquellos quehaceres estuvo hasta que en 1911 dedicóse nuevamente a su arte, y entre aquel año y el siguiente pintó unas ochenta telas, en su mayoría retratos y cuadros de costumbres valencianas.

Por aquel mismo tiempo escribió unos artículos en el diario matritense *El País* censurando la organización rutinaria de que adolecen todas las exposiciones nacionales de Bellas Artes.

En 1912 hizo una notable exposición de sus obras en el Salón París, habiendo merecido los juicios más encomiásticos de los críticos artísticos barceloneses.

Poco después establecióse en París, en donde actualmente reside, consiguiendo ya en el primer año de su estancia en aquella capital ser admitido en el Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses.

En el actual Salón de Otoño de París tiene dos cuadros que han merecido muchos y merecidos elogios. — P.



LABRADORA VALENCIANA. cuadro expuesto en el actual Salón de Otoño, de París. - MARÍA «LA SERENA»

LAS PRIMAS, cuadro expuesto en el actual Salón de Otoño de París. - LA MOZA DEL CÁNTARO (TERUEL). (Fots. de Photo-Hispania.)

## UNA MISION MOGOLA EN SAN PETERSBURGO

En el número 1.624 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA explicamos los sucesos que, a raíz de la proclamación de la república china, determinaron la independencia, si no de derecho, de hecho, de la Mongolia y la aceptación por parte de ésta del protectorado ruso.

Recientemente ha ido a San Petersburgo una misión mogola extraordinaria para ultimar ciertas cuestiones políticas y estudiar la administración rusa

motivo de haber sido nombrado mantenedor de los Juegos Florales celebrados en Avilés. En aquella excursión pronunció elocuentes discursos en pro de la confraternidad hispano-cubana.

El ilustre diplomático llegó a esta capital el día 25 de noviembre último, siendo recibido en el Apeadero del Paseo de Gracia por el cónsul general de Cuba Dr. D. Emilio Chibás, con el personal del consulado; por representaciones de la Casa de América, de la Sociedad de Estudios Americanistas y del Círculo Hispano-Americano,



San Petersburgo. - Llegada de una misión mogola extraordinaria para ultimar varias cuestiones políticas relacionadas con el protectorado ruso sobre la Mongolia. (De fotografía Bulla-Trampus.)

a fin de implantar en su país los servicios que mejor se adapten con su modo de ser especial. Esta misión se compone de algunos altos funcionarios, entre los cuales figuran los adjuntos de los ministerios de Hacienda, de Guerra, de Justicia y de Negocios Extranjeros, a quienes acompaña un séquito de unas veinte personas. De este séquito forman parte dos gigantes que pertenecen a la guardia de corps del Kutujta, jefe religioso y soberano de la Mongolia.

## EL MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE CUBA EN BARCELONA.

Nuestra ciudad se ha visto honrada, en la semana anterior, con la visita del distinguido diplomático cubano Dr. don Mario García Kohly, ministro plenipotenciario de la República de Cuba en España.

El Sr. García Kohly es un hombre de verdadero valer que, en su país, ha ejercido con gran lucimiento los más elevados cargos. Durante el período presidencial del general D. José Miguel Gómez, fué secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, demostrando en aquel importante puesto grandes iniciativas que han contribuido poderosamente al desarrollo de la enseñanza pública en Cuba y al enaltecimiento del profesorado en aquella joven y progresiva nación.

Siente el Dr. García Kohly grandes simpatías por España, en la que ya había residido años atrás como primer secretario de la Legación de Cuba en Madrid; y este afecto púsole de manifiesto en una excursión que hizo por Asturias recientemente, con

que Güell, el Hospital de San Pablo y otros monumentos, y por la noche concurrió al teatro de Novedades, en donde se estrenó el drama *Satanás*, original del notable escritor cubano Sr. Ramos.

Al día siguiente, la colonia cubana ofreció al señor García Kohly un banquete que se celebró en el

restaurán Miramar y a cuyo final pronunciaron elocuentes brindis el Sr. Chibás y el ministro. Concluido el banquete, el Sr. García Kohly visitó la Casa de América, en donde fué saludado en términos de efusiva simpatía por el presidente Sr. Riera, salutación a la que aquél contestó con un discurso elocuentísimo. Seguidamente se sirvió una champaña de honor, marchando después el ministro a visitar el

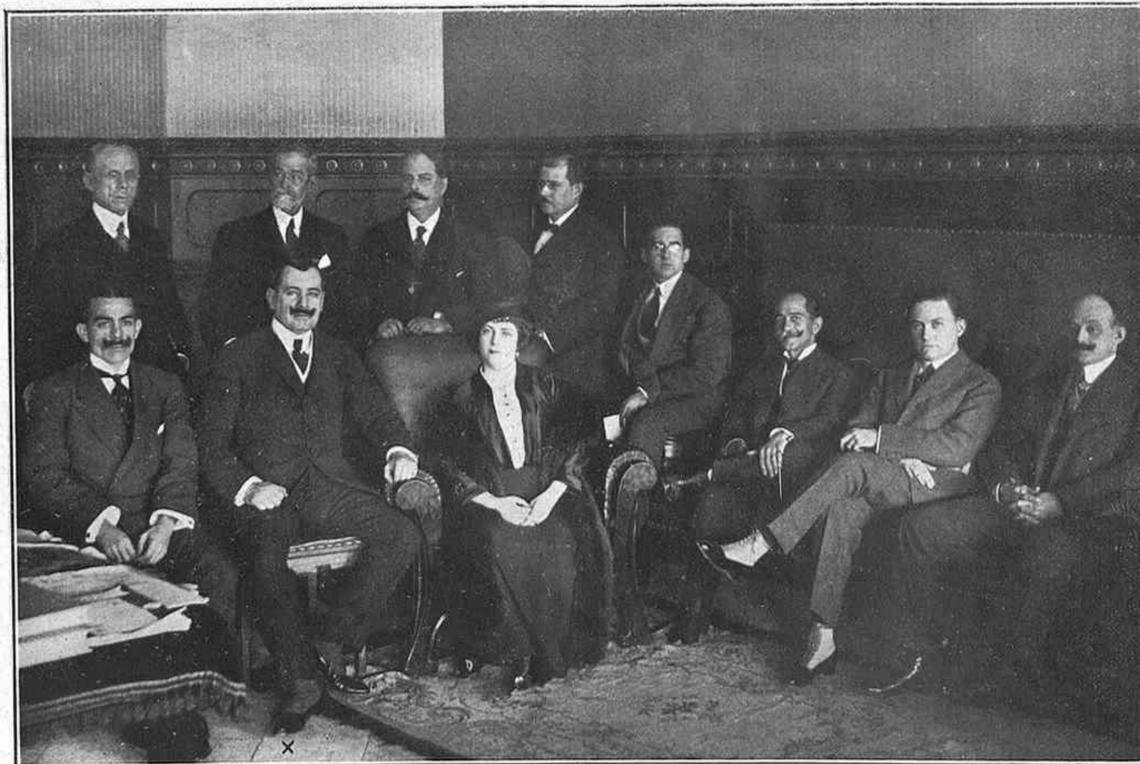
Círculo Hispano-Americano y el Ateneo Barcelonés.

En esta última entidad dió por la noche el señor García Kohly una interesantísima conferencia sobre la evolución de Cuba. Después de enaltecer a Cataluña y de afirmar el amor de los cubanos a España, explicó la revolución cubana, trató del desarrollo de la producción y de la población en Cuba, expuso los grandiosos esfuerzos hechos por aquella República para el fomento de la enseñanza y terminó enaltecendo a España en brillantes párrafos y diciendo que para que Cuba alcance todo su progreso es preciso que su nombre y el de España vayan estrechamente unidos.

La concurrencia que llenaba el salón de actos del Ateneo y en la que figuraban las personalidades más salientes del intelectualismo barcelonés, tributó al ilustre confe-

renciante una ovación grandiosa.

El Sr. García Kohly, que regresó a Madrid el día 28, ha quedado muy complacido de su estancia en nuestra ciudad, en la que con su talento y su afable trato se ha conquistado las simpatías de cuantos han tenido la honra de tratarle.



Barcelona. - El ministro plenipotenciario de Cuba en España Dr. D. Mario García Kohly (x), en el hotel Colón, en donde se ha hospedado durante su estancia en esta ciudad. Con él están el cónsul de Cuba en Barcelona Sr. Chibás, la esposa de éste y el personal del consulado. (Fot. de Merletti.)

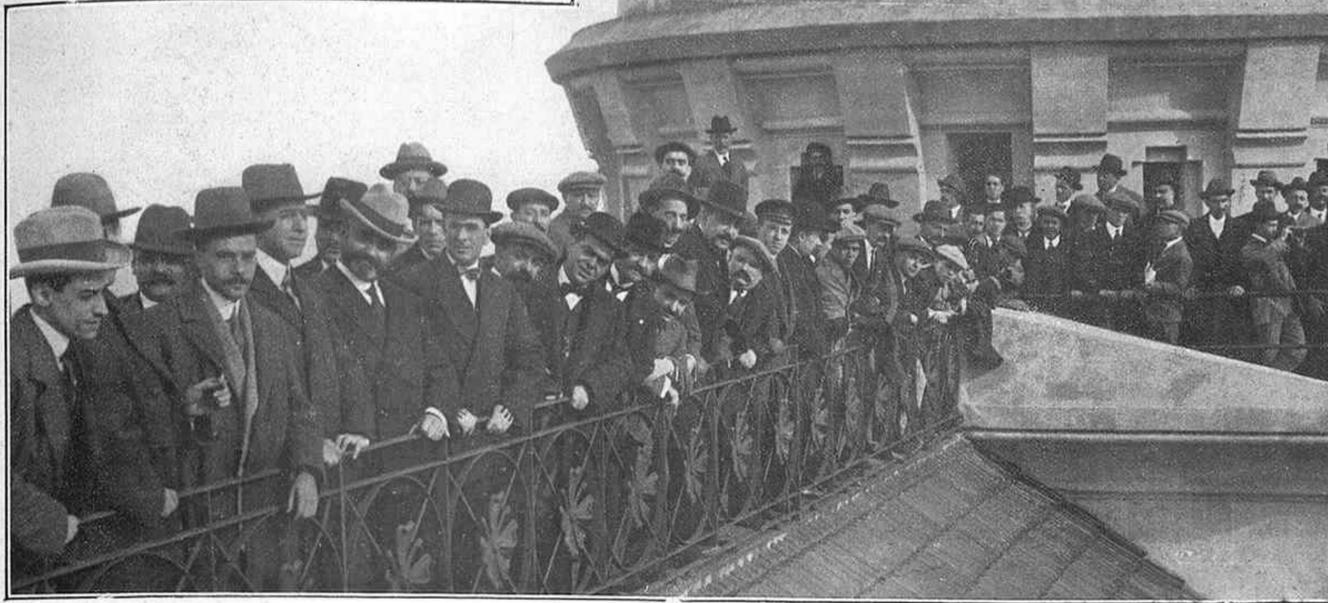
renunciante una ovación grandiosa.

El Sr. García Kohly, que regresó a Madrid el día 28, ha quedado muy complacido de su estancia en nuestra ciudad, en la que con su talento y su afable

trato se ha conquistado las simpatías de cuantos han tenido la honra de tratarle.

BARCELONA. - UNA EXPEDICIÓN CORUÑESA

Existe en La Coruña una sociedad instructiva de las clases populares cuyos socios han ido reuniendo sus ahorros, a fin de realizar una excursión por las principales ciudades de España estudiando los progresos de las mismas. Esta sociedad es la Universidad Popular que, ayudada ahora por algunas corporaciones oficiales de aquella capital y del Ferrol, ha efectuado la expedición instructiva,



Barcelona.-Los excursionistas de la Universidad popular de La Coruña visitando el Observatorio Fabra (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

va, visitando, entre otras poblaciones, Barcelona en donde los expedicionarios han permanecido cinco días.

Los excursionistas eran cincuenta y cinco y con ellos venían el teniente de alcalde de La Coruña, D. Joaquín Martín y Martínez; el concejal del Ayuntamiento del Ferrol, D. José Pita y Cortés; el presidente de la Universidad Popular, don Angel del Castillo; y el redactor del diario coruñés *El Noroeste*, D. Anto-

aquellos cuya dicha quiso en vano destruir. En el drama de Bernstein se advierte una vez más el conocimiento profundo que del teatro tiene el autor de *El ladrón* y *La rufaga*; los caracteres están bien observados y sostenidos, la acción se desenvuelve naturalmente y despertando creciente interés, y algunas escenas son de una intensidad y de una belleza dramáticas extraordinarias.

En la ejecución se distinguieron las señoras Pérez de Vargas y Segura, la señora Alba y los Sres. Bonalé, González y Asquerino.

MADRID. - CONFERENCIA

DEL SR. LEVILLIER EN EL ATENEO

El notable sociólogo argentino D. Alberto Levillier ha dado en el Ateneo de Madrid una interesantísima conferencia sobre el tema «Costumbres políticas argentinas. Del caudillismo al voto secreto: de Quiroga a Sáenz Peña».

Hecha la presentación del conferenciante en términos altamente encomiásticos por el presidente del Ateneo D. Rafael M. de Labra, el Sr. Levillier describió, en una exposición documentada y en términos elocuentes, todo el proceso de la evolución lenta que ha transformado la vida social y política de su país, donde el primer tercio del siglo pasado hasta nuestros días, haciendo un estudio concienzudo de las luchas del caudillismo y de los gobiernos de los principales presidentes hasta llegar a Sáenz Peña, para quien tuvo los más entusiastas conceptos y de quien dijo que había destruido en la Argentina la política de los profesionales y levantado el nivel social de la nación a las cimas de la más sincera ciudadanía. Fue muy ovacionado.

BARCELONA. - EL MUSEO MASRIERA

El típico y soberbio edificio que fué estudio de los eminentes pintores D. José y D. Francisco Masriera ha sido convertido por los hijos del primero en museo público en donde todo el mundo podrá admirar los verdaderos tesoros artísticos, arqueológicos e históricos que en él acumularon aquellos dos artistas de gusto refinado.



Madrid.-Una escena del interesante drama «El secreto», de Enrique Bernstein, estrenado con gran éxito en el Teatro de la Comedia. (De fotografía de J. Vidal.)

Clavé, de la Casa de América y de otras muchas sociedades y por gran número de personalidades distinguidas, y desde la estación fueron a la Casa de la Ciudad, en cuyo histórico Salón de Ciento se efectuó la recepción oficial.

Durante su estancia en Barcelona, los coruñeses han visitado el Fomento del Trabajo Nacional, el Hospital Clínico, la Escuela Industrial, el Museo Social, la Casa de Maternidad y Expósitos de las Corts, las redacciones y talleres de los más importantes diarios, el templo de la Sagrada Familia, el Hospital de San Pablo, la Diputación Provincial, el *Institut d'Estudis Catalans*, el Ateneo Barcelonés, los almacenes de El Siglo, el *Centre Excursionista de Catalunya*, la Mentora Alsina, el Observatorio Fabra, el *Orxèd Catalá*, las obras del puerto, los talleres de la Maquinista Terrestre y Marítima, la España Industrial y otros establecimientos, siendo en todas partes objeto de afectuosa acogida y de grandes agasajos.

El Ayuntamiento los obsequió con un espléndido banquete en el Tibidabo y el Centro Gallego de Barcelona con un *lunch* en el Palacio de Bellas Artes al que asistieron, entre otras personalidades, el alcalde y el gobernador civil, y durante el cual el maestro Goberna ejecutó en los órganos un concierto de aires populares gallegos.

MADRID. - ESTRENO DEL DRAMA «EL SECRETO»

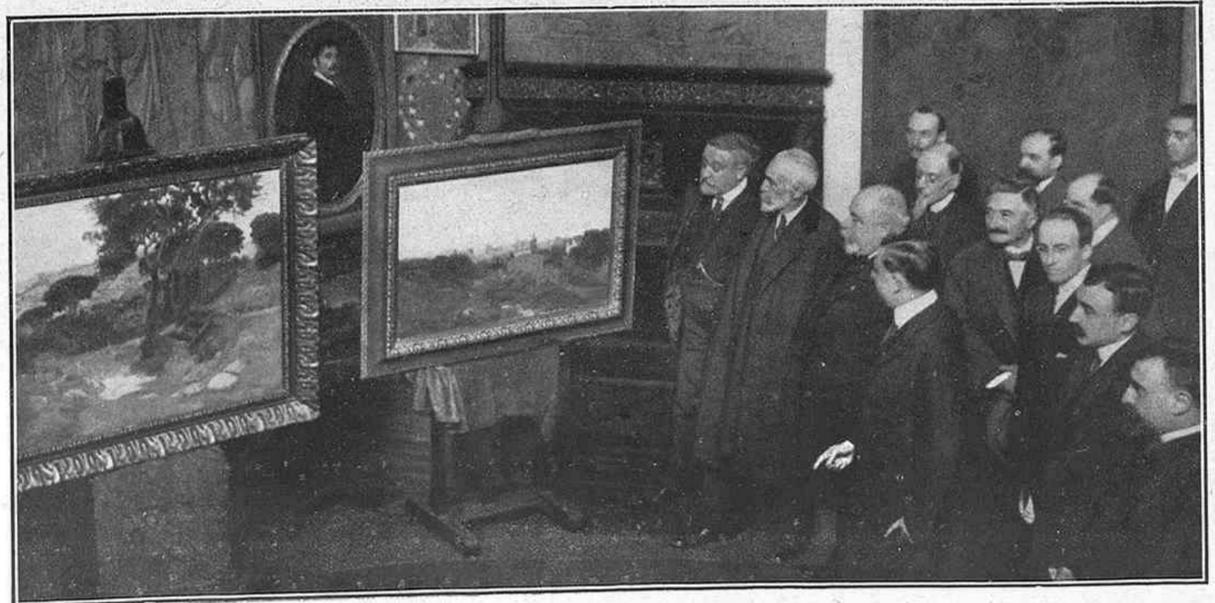
En el Teatro de la Comedia se ha estrenado con muy buen éxito este drama en tres actos, original de Enrique Bernstein y traducido al castellano por S. de Aragón. *El secreto* es el proceso psicológico de una mujer para quien la felicidad ajena constituye el mayor dolor y que movida por esta envidia llega a los mayores extremos en la realización de su odiosa obra, hasta que invadida por los remordimientos, pues quizás es más desgraciada que perversa, confiesa sus maldades y solicita el perdón de



Madrid.- El notable sociólogo argentino D. Roberto Levillier (X) y el Presidente del Ateneo D. Rafael M. de Labra rodeados de algunos ateneístas después de la interesante conferencia dada por el primero en aquella docta sociedad. (De fotografía de J. Vidal.)

nio Lombardero. Llegaron el día 23, siendo recibidos por representaciones del Ayuntamiento, del Centro Gallego, de los Coros de Ciento de personalidades

Al acto inaugural asistieron el teniente de alcalde Sr. Serrallara, el presidente de la Junta de Museos Sr. Fuxá y algunos vocales de la misma, los Sres. Bassegoda, Lorenzale y Renart, en representación de la Academia de Bellas Artes, del Círculo Artístico y del Fomento de Artes Decorativas respectivamente, y otras distinguidas personalidades. Después de recorrer los invitados las diferentes salas del museo, D. Luis Masriera ofreció a la Junta de Museos dos cuadros de su difunto padre D. José y el Sr. Serrallara pronunció elocuentes frases dando las gracias por el espléndido donativo y enaltecendo a la familia Masriera, dinastía de artistas que honra a nuestra ciudad, a la cual dotan ahora de un museo magnífico.



Barcelona.-Inauguración del Museo Masriera. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)



EL PASO DEL TREN, cuadro de Adolfo Tommasi. (De fotografía de Vassari, remitida por Carlos Abeniacar.)



EL SOLITARIO, cuadro de A. Flo. (Salón Parés. Barcelona.)



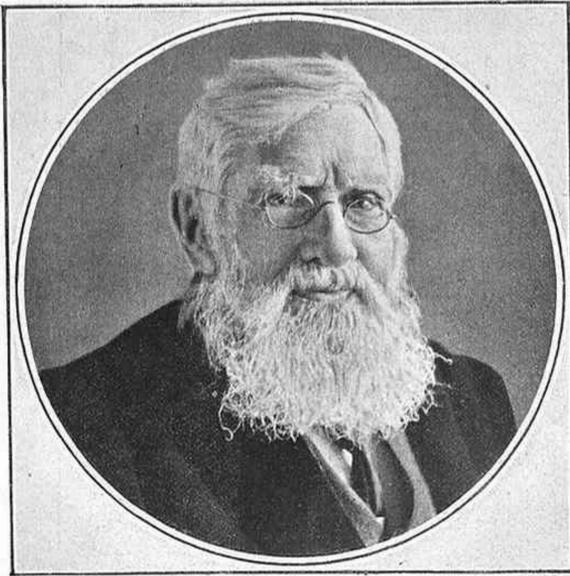
LA FUGA DEL PAPA EUGENIO IV, cuadro de Pío Joris. (De fotografía de Vassari, remitida por Carlos Abeniacar.)



EL GATITO PREDILECTO cuadro de Juan Brull. (Salón Parés. Barcelona.)

## ALFREDO RÚSEL WALLACE

Este naturalista ilustre, cuyo nombre debe ir asociado al de Darwin, con quien compartió la paternidad de la teoría de la selección natural, nació en Usk, en el condado de Monmouth, el 8 de enero de



Alfredo Rússel Wallace, eminente naturalista inglés fallecido el día 7 de noviembre último. (De fotografía.)

1822, y después de haber estudiado las carreras de agrimensor y de ingeniero, fué, en 1844, profesor en Leicester y en 1846 en Gales. En 1848 emprendió un viaje a Pará y permaneció cuatro años en el valle del Amazonas, de donde regresó a Londres, habiendo perdido durante la travesía, y a consecuencia de un incendio del buque, todas sus colecciones y manuscritos. En 1854 visitó el archipiélago Malayo y allí estuvo ocho años, volviendo luego a Londres con una colección de más de 125.000 objetos de sumo interés para la Historia natural.

En 1855 publicó una memoria sobre la *Ley que ha regulado la introducción de las nuevas especies* y tres años después otra sobre la *Tendencia de las variedades a separarse indefinidamente de un tipo original*. En 1870, comprendiendo que no había sido bien apreciado su papel en la cuestión de la selección natural, quiso fijar definitivamente su posición respecto de la teoría darwiniana, reuniendo en un volumen, titulado *Contribuciones a la teoría de la selección natural: una serie de ensayos*, los trabajos que sobre esta materia había publicado, ampliándolos con algunos capítulos nuevos. La última parte de este libro, o sea aquella en que el autor examina la



Monumento erigido en Darmstadt al célebre químico barón de Liebig, inventor del extracto de carne, obra del profesor Jobst. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

aplicación al origen del hombre de la teoría de la selección natural, es la más interesante y en ella Wallace se separa de Darwin y deja de ser evolucionista, no pareciéndole bastante la selección natural para explicar la formación del hombre.

Además de las obras citadas, escribió Wallace: *Viajes al Amazonas y al río Negro* (1853); *Las palmeras del Amazonas y sus usos* (1853); *El Archipiélago Malayo* (1869); *Los milagros y el espiritualismo moderno* (1874); *Distribución geográfica de los animales* (1876); *La naturaleza tropical* (1878); *Australia* (1879); *Darwinismo* (1889); *El siglo maravilloso* (1898); *Estudios científicos y sociales* (1900); *El lugar del hombre en el universo* (1903); *Mi vida* (1905); *¿Es habitable Marte?* (1907); *El Mundo de la vida* (1910), y otras varias, aparte de innumerables artículos publicados en periódicos y revistas.

## MONUMENTO A LIEBIG

La ciudad de Darmstadt ha erigido el monumento que adjunto reproducimos a su hijo ilustre, el eminente químico que nació en ella el 8 de mayo de 1803 y murió en Múnich el 28 de abril de 1873.

Justo Liebig consagróse desde muy joven a la Química; comenzó su carrera siendo profesor de la Universidad de Giessen y puede ser considerado como el fundador de la Química orgánica. Elevado a la dignidad de barón en 1845, en 1850 obtuvo una cátedra en Hédelberg y dos años después una en Múnich.

Era individuo de la Sociedad Real de Londres y de la Academia de Ciencias de París y figuraba en la mayor parte de las academias de Europa.

Entre sus numerosas obras merecen citarse especialmente: *Instrucción sobre el análisis de los cuerpos orgánicos*, *Diccionario de Química*, *Manual de Farmacia*, *Química animal o la Química en sus aplica-*

que se exteriorizaron en la ceremonia de su entierro, presidido por todas las autoridades y al que concu-



Excmo. Sr. D. Joaquín Sostres Rey, senador del reino, exalcalde y expresidente de la Diputación provincial de Barcelona, fallecido en esta ciudad el día 23 de noviembre último. (Fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

rrieron numerosísimas representaciones de todas las clases sociales barcelonesas.



La telefonía sin hilos. - El inventor Víctor Láughter y su aparato por medio del cual ha logrado transmitir la voz humana a una distancia de 50 millas al través del aire. (De fotografía.)

*ciones a la Fisiología y a la Patología*, *Movimiento de los jugos en el cuerpo animal*, *Investigaciones sobre la química alimenticia*, *Cartas sobre la agricultura moderna*, *Leyes naturales de la agricultura*, etc.

## EXCMO. SR. D. JOAQUÍN SOSTRES

Fuó el Sr. Sostres una de las figuras salientes de la política barcelonesa, en la que militó desde muy joven dentro del partido liberal, y uno de los catalanes más amantes de Cataluña. Elegido diputado provincial a la edad de veintiséis años por San Feliu-Villanueva, ha representado aquel distrito hasta su muerte, es decir, durante treinta y cuatro años consecutivos, habiendo desempeñado la presidencia de la Diputación y trabajado dentro de esta corporación con una actividad, un talento y un entusiasmo verdaderamente extraordinarios.

Había ejercido, además, los cargos de gobernador civil interino y de aicalde en circunstancias difíciles, mereciendo siempre el aplauso de sus conciudadanos por la inteligencia y por el tacto que demostró en todas ocasiones.

Actualmente era senador por la provincia de Lérida y vicepresidente de la Diputación provincial.

El Sr. Sostres fué uno de los principales organizadores de la Asamblea de Diputaciones españolas y uno de los más decididos defensores del proyecto de Mancomunidades.

Dotado de ejemplar honradez y de un carácter afable y bondadoso, gozaba de unánimes simpatías,

## EL TELÉFONO SIN HILOS

Un joven norteamericano, Víctor Láughter, ha inventado recientemente un teléfono sin hilos que transmite la palabra de una manera clara y distinta hasta una distancia de 50 millas, distancia que el inventor espera poder aumentar a 100 millas.

Láughter, que desde hace diez años viene haciendo experimentos con la electricidad, reside en la ciudad de Memphis (Tennessee) y estableció su taller en la parte superior de uno de los edificios más altos de aquella población. Antes de anunciar al mundo su invento, Láughter vaciló mucho tiempo; pero hace poco invitó a algunos periodistas para que presenciaran su conversación aérea con un lugar distante y el éxito que obtuvo fué tan grande, que pronto circuló la noticia y no tardaron en avistarse con el inventor varios capitalistas que le hicieron proposiciones muy halagüeñas para la fabricación y explotación del nuevo invento. Láughter, sin embargo, ha rechazado tales ofrecimientos, pues se propone desarrollar y perfeccionar varias partes de su aparato, y una vez realizado esto, parece que quiere ofrecer su invento al gobierno de los Estados Unidos.

Dícese que el nuevo aparato puede usarse con cualquier mecanismo de telegrafía sin hilos para enviar mensajes a larga distancia y que puede armarse en unos cuantos minutos.

Ocioso nos parece hacer resaltar las grandes ventajas de este invento, que viene a completar las del maravilloso descubrimiento de Marconi.

## GIL DE CLAIRCOEUR

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Por otra parte, el orgullo de ser tanto para un personaje como el director del *Gulliver*, la certeza de volver a su vacío, a la nada, si salía de aquel ga-

tarse en la sombra de un carruaje y luego en la intimidad de la comida discreta. ¿Extraño?.. Más que extraño. Odioso... ¿Era posible? Ella se interrogó...

¿Bajo qué régimen conyugal vivía el director del gran periódico? Un billete de ese género es cosa peligrosa. Sin embargo indicó el número de la calle de



Claircoeur acababa de presentar Gilberta a una de las mujeres más humildes...

binete con un adiós definitivo, aumentaba su perplejidad.

Él vió batir las pestañas húmedas sobre la confusión de los ojos de Gilberta, llenos de dulzura. Las manos de la joven se encontraron en las del director.

- ¡Ah! ¡por fin se decide usted a venir!..

- No olvide usted la condición... Tengo su palabra..., murmuró ella.

A fin de no darle tiempo de desdecirse, él fijó precipitadamente la cita.

- Dentro de tres cuartos de hora, a las ocho y cuarto, en la calle de Spontini, esquina a la encrucijada Bugeaud, contra el muro de la Fundación Thiers. Mi auto se detendrá y usted tomará asiento en él. ¡Pronto!, ¡pronto!.. Tengo que pasar por mi casa, y no me sobra tiempo para hacer algunas diligencias. Hasta luego, hermosa mía... Hasta luego. No se arrepentirá usted.

Casi la empujó hacia fuera. Aturdida, perdiendo la noción de lo que le pasaba, Gilberta se encontró en la escalera, y luego en la calle. Ante ella se abría la plaza de la Bolsa - un desierto al final polvoriento y melancólico del día.

La muchacha cruzó la plaza, pasó la verja, entró en la estafeta de correos y se hizo abrir un cuarto telefónico.

- Imposible ir a comer, cuchicheó en el aparato, a la amiga que la esperaba. Me esperan en el banquete de las Treinta mil Líneas, como periodista. A partir de mañana, colaboro en el *Gulliver*. Por consiguiente, la cosa tiene para mí mucha importancia, como comprenderá. Corro en busca de mi madrina.

Después de este aviso telefónico, dió la vuelta a la Bolsa, por detrás. No se atrevió a ir por delante, por temor de encontrarse con Monbardón, o de ser visto por él, cuando saliese de su periódico. Para ella, era tan extraño, aquel hombre con el cual iba a sen-

Sí, odioso. Ya no concebía ella el breve enternecimiento experimentado en presencia de su tristeza. Una antipatía, una repulsión física, endurecieron su corazón, haciendo correr un estremecimiento por todo su cuerpo. «¿Qué iba yo a hacer?», pensó con espanto. «¿Qué iba yo a hacer?» Luego todo se trocó en un sentimiento de imposibilidad, para aquella naturaleza que no sabía fingir. «¿Qué le diré? Va a hablarme de amor. ¡Ella será abominable!..» Y bruscamente, del fondo de su ser, surgió la sublevación vehemente: «¡No puedo!.. ¡No puedo!..»

Iba al azar, por un laberinto de calles que ella no conocía. La tarde estival vaciaba las cálidas arterias de la ciudad. Bajaban sombras moradas, mientras que arriba, detrás de los hierros de los balcones, a los cuales nadie se asomaba, había aún rosados reflejos en los cristales. Los transeúntes se fijaban en aquella hermosa muchacha que parecía ir a la ventura, palpitante y rápida, como una mariposa escapada de la red y alocada por su libertad. Varios le hablaron. Sin distinguir las palabras, adivinó su sentido. Una sensación de asco hizo temblar sus labios. Sus ojos se levantaban maquinalmente hacia los cristales rosados, en lo alto de las casas llenas de misterios. Y, de pronto, su juventud se desesperó, como si la hermosa tarde apacible hubiese encerrado todo el dolor del mundo.

Al chofer del taxi-auto que tomó, Gilberta le hizo cerrar el coche.

Ahora buscaba un medio de prevenir a Monbardón. No quería exponerlo a la humillación de la espera inútil, en una esquina. Podía imaginarse que ella lo trataba así adrede. Lo cual sería abominable y cruel. Pero ¿cómo avisarle?

Seguramente había salido del *Gulliver*. ¿Enviar dos líneas a su casa por el chofer?.. Gilberta no se atrevía.

Faisanderie en que vivía Monbardón. Conocía bien las señas por haberlas buscado en el *Tout-Paris*. Hacía algunos meses que la persona del director del *Gulliver* se mezclaba con la existencia de Gilberta.

Llevaba en su saquito de mano un pequeño bloque de esas hojas de papel engomadas que se doblan en forma de carta. Trazó con lápiz dos líneas en una de las hojas y la cerró cuidadosamente. Fué después a entregarla al portero, jadeante por temor de ser sorprendida:

- Para el Sr. Monbardón..., para él solo, ¿entiende?, le dijo metiéndole una moneda en la mano.

- El Sr. Monbardón acaba de salir, replicó el otro. Su auto quizás no ha dado aún la vuelta a la esquina de esta calle.

Gilberta volvió a coger la carta y se fué.

- Boulevard Raspail, dijo al chofer.

En el momento de cruzar en su taxi-auto la calle de Spontini, Gilberta tuvo el tiempo justo de ver su auto parado contra la acera que corre a lo largo de la Fundación Thiers. Una extraña sonrisa le vino a los labios. Un sentimiento más extraño le anegó el alma, una mezcla de orgullo amargo y pesadumbre sutil, con un nuevo y súbito impulso de tierna compasión por aquel que, allí, no pensaba más que en ella - inútilmente.

Luego sintióse el corazón henchido de juventud. Encontró a la vida un gusto sabroso. No tenía más que veinte años. ¿Cuántos otros?.. y, ¿qué otros?.. ¿no la esperarían con el mismo anhelo? ¿Cómo sería el que no la esperaría en vano?..

Oprimida por sus ensueños, Gilberta no quiso regresar a su casa. Por otra parte, ¿cómo explicar el que volviese tan pronto sin haber comido? Recordó que las criadas debían salir y que ella no llevaba las llaves del piso.

La muchacha despidió el taxi-auto tan pronto

como hubo pasado el caudaloso Sena, y empezó a andar lentamente, por el malecón de la orilla izquierda.

Se dirigió hacia la Cité, hacia la catedral, hacia ese París en que los siglos han levantado el suelo, ennegrecido los muros, marcado las piedras con signos y recuerdos. Todo lo que es joven, vibrante de pasiones confusas, encamina los pasos hacia ese lado, vagando sin meta.

Delante de una pastelería, Gilberta sintió de pronto un hambre atroz. Era la primera vez que no se sentaba a la mesa, a la hora de costumbre. En su imaginación, se indicó vagamente el delicado *menu* que Monbardón le hubiera propuesto, y exhaló un suspiro de glotonería.

Pero, habiendo comprado dos emparedados de *foie gras*, un bizcocho bañado en ron y otro en café se instaló, para tomar estos manjares, que encontró exquisitos, en un poyo del malecón de la Tournelle, desde donde contempló la basílica de Nuestra Señora — formidable silueta negra que se destacaba sobre un cielo de oro y coronaba su frente con las primeras estrellas.

Cuando juzgó que era bastante tarde para poder presentarse sin indiscreción entre los socios de las Treinta mil Líneas, Gilberta tomó el ómnibus, para ir a la calle de la Arcada, donde florece, desde la época del Directorio, el célebre restaurán de la «Truite au bleu».

Se había apresurado un poco. Cuando llegó, los comensales no habían agotado los postres ni los discursos. Desde el vestíbulo, abajo (había que bajar algunos escalones) la señorita Andraux oyó aplausos. Indecisa, se detuvo delante de una puerta de cristales. La convivencia sonriente de la guardarropa la empujó hacia el comedor.

Medio metido en el sótano, lleno de comensales, en torno de largas mesas, con la atmósfera recargada por el tufo de las vituallas, el comedor, en aquella noche de julio, estaba a una elevadísima temperatura. Su aspecto de gruta y el agua pulverizada — ¿no era el agua del baño de maría? — cuyas raras gotitas sobre las rocas artificiales, sugerían una frescura ilusoria. Las pilastras que sostenían la bóveda — muy baja — quedaban disimuladas entre estalactitas y estalagmitas. Entre las agujas de aspecto calcáreo — triunfo del cartón-piedra —, un poco de musgo amarillento y algunos yaros de celuloide figuraban la vegetación acuática de aquellas regiones.

Aquel comedor, poco práctico para un banquete, porque las estalactitas y estalagmitas rompían la cordialidad del conjunto y separaban a los convidados en pequeños grupos más o menos simpáticos — constituía el santuario trimestralmente destinado a la Sociedad de las Treinta mil Líneas. Lo exiguo de la cuota (era preciso que todo el mundo pudiese tomar parte en aquellos ágapes fraternales) determinaba la irreductibilidad bajo este concepto, del director de la «Truite au bleu».

— Les doy a ustedes, decía a los escritores, por un favor especial, y renunciando a los más fabulosos beneficios, el local consagrado, la cueva primitiva, en que nació mi ilustre establecimiento. Americanos que no pasan más que una noche en París, me ofrecen lo que yo quisiera para hacerles comer donde comieron Barrás con Josefina de Beauharnais, Madama Tallián, Madama de Staël, Talleyrand, y el mismo Bonaparte. El día de las Treinta mil Líneas no admito a nadie. Mi gruta está reservada para ustedes. Por nada de este mundo quisiera ver a los literatos, gloria de Francia, saborear mi famosa trucha «al azul» en los pisos recién construidos, bajo vulgares arcadas góticas, o bien entre los espejos demasiado nuevos de mi galería Triánón.

Gilberta, llegando de fuera en el momento en que terminaba la comida, creyó ahogarse. Pero, sostenida por la curiosidad, demasiado contenta de ser admitida allí, se alegró de poder escurrirse contra una estalagmita y sonrió a algunos comensales conocidos suyos. Un joven Treinta mil Líneas le ofreció su silla. Otro le acercó un plato de bizcochos.

Ella buscó con la vista a su madrina, y la descubrió, en buen sitio, cerca de la mesa de honor. No fué más que una exhalación, pues Gil de Claircoeur desapareció en seguida a sus ojos detrás de un alto tocado de plumas que recordaba el de ciertos indios. Bajo la peluca de ébano que sostenía aquella diadema salvaje, un terrible perfil repulgado acentuaba la analogía. Surgía del exagerado escote de un vestido chillón la robusta osamenta de dos hombros descarnados pero macizos, sobre los cuales bajaban largos pendientes, mientras que un collar de perlas — verdadero o falso — se arrollaba contra la barra saliente de clavículas en forma de garrotes.

El joven «Treinta mil Líneas», amable con Gilberta, le dijo al oído:

— Es la «mère Gigogne». (1).

— ¡Cómo la «mère Gigogne»?.

— Sí. Es la que fundó *L'Enfance laïque*, cuyo éxito persistente usted conoce. Hace veinticinco años que escribe en esa revista «Cuentos de la tía Gigogne». ¡Una mujer terrible! Hace poco nos decía que no quiere a nadie más que a sus perros. Deja a su marido en el campo para que los cuide, y le prohíbe que los deje. El hombre da el biberón a los huérfanos. Lo más extraordinario es que la tía Gigogne no puede sufrir a los niños.

— ¿Hay muchas señoras en la Sociedad?, observó Gilberta.

— ¡Oh!, de seguir así, pronto no habrá más que mujeres. La novela de treinta mil líneas para arriba empieza a carecer de brazos masculinos. Calcule usted la imaginación que se necesita para componer historias de tal longitud que se sostengan. Las mujeres no se preocupan por la lógica ni por la construcción. Cuando han encontrado un principio, nada las obliga a prever un desenlace. Escriben, escriben..., y no tienen razón alguna para detenerse. ¿Ve usted aquella rubia, rizada como una niña, con esa cara tan plácida y esos grandes ojos?.. Diríase que es una burguesa tranquila, que no ha hecho más que vegetar. Pues bien, es una mocetona que larga ochenta mil líneas en seis meses. Le declara a uno tranquilamente: «Escribo diez páginas antes de mi café con leche. Me desayuno; me ocupo en mi *toilette*; escribo otras diez páginas, y he ganado mi jornal a la hora en que las señoras de la buena sociedad se resuelven a dejar la cama.»

Un martilleo de cuchillos en las copas interrumpió las explicaciones del neófito, de quien Gilberta no hubiera podido decir si admiraba o denigraba la fecundidad de sus colegas del bello sexo.

Un caballero vestido de frac se levantó, se volvió hacia otro caballero que también vestía de frac y estaba sentado a su izquierda, y empezó a lanzarle frases maliciosas, laboriosamente traídas por los cabellos, y que tenían trazas de haber de conducir a alguna enorme felicitación. Aquellos dos personajes, únicos en traje de etiqueta, sentían indudablemente, por esta razón, una mutua y violenta simpatía, y no resistían a la necesidad de testimoniarse el sentimiento que une a dos seres de una misma especie, aislados en medio de una raza distinta.

El que hablaba, hombre alto, rubio y barbudo, se expresaba verbosamente, sin recurrir a notas, ni aun cuando enumeró las obras del otro. Agotó, para analizarlas, tal cantidad de adjetivos laudatorios, que varios de sus oyentes profesionales apuntaron disimuladamente algunos en los puños de su camisa, no pudiendo concebir que hubiese tantos en el diccionario de los calificativos.

Al final de los períodos más ampulosos, se le interrumpía con aplausos.

El elogiado, el presidente ocasional del banquete, recibía con los ojos bajos la florida avalancha. Las cuartillas de su contestación, que debía leer, porque no era orador, temblaban ligera y continuamente en su mano derecha. Era un viejo escritor, a quien toda una vida de trabajo no había enriquecido, y cuyo nombre seguía siendo ignorado del gran público. Nunca había sido festejado de aquel modo. Pero, precisamente porque no estaba acostumbrado a ello la alegría que experimentaba le producía agudas punzadas en el corazón, como un enfriamiento. Con la mirada fija en los manteles, procuraba dar un aire natural a su rostro pálido y se mordía el labio para que no se le viera mover el bigote gris. Por otra parte, el terror de tomar luego la palabra aumentaba su emoción.

En aquella asamblea de camaradas, de obreros de las letras, muchos de los cuales recorrían carreras tan obscuras y tan rudas como la suya, el espectáculo de su actitud, su emoción visible, lo desproporcionado de la breve ovación del momento con la inmensidad del esfuerzo, impresionaron a todos. Una corriente de fraternidad apagó bruscamente los celos, las rivalidades, las envidias, los desdenes, todo lo que germina, y circula y roc solapadamente, secretos y malos ardores, en semejante centro. La exagerada peroración fué frenéticamente aplaudida. Doscientas manos batieron palmas al compás de los latidos de los corazones. Y batieron con más fuerza al levantarse dos ojos de pestañas grises, bajo una frente pesada y rugosa — ojos en que se asomaba una lágrima.

A su vez, el viejo escritor irguió la cabeza. Y, como, al principio, la emoción le impedía articular palabra alguna, el auditorio le aplaudió. Su discurso

(1) GIGOGNE. — Nombre de un personaje del teatro de títeres, popular en Francia, donde la expresión de *mère Gigogne* se emplea vulgarmente para designar a una mujer que tiene muchos hijos. (N. del T.)

era sencillo. Él lo leyó modestamente. Ofreció el sen conveniente, en cambio de la casia que le había prodigado el primer orador. Mucho más joven que él, aquel colega a quien contestaba había adquirido ya una relativa celebridad. Elogiándolo más moderadamente, supo elogiarlo mejor. Su tacto produjo buen efecto. Y los comensales encontraron demasiado pronto agotado el pequeño paquete de cuartillas que seguía temblando al mismo tiempo que la voz. Pero al final, el hombre abandonó su discurso escrito, y, juzgando que debía expresar a la concurrencia su sorpresa y satisfacción por los aplausos de que era objeto, se arrancó heroicamente del alma, a pesar del espasmo de su timidez, dos o tres frases improvisadas, en que balbuceó su gratitud.

Y ello fué tan conmovedor, que aquellos escritores y aquellas literatas, todos los cuales — y sobre todo los más viejos — conservaban sus ilusiones literarias, a pesar de las lecciones de las duras realidades, tuvieron a su vez los párpados húmedos.

Pero el enternecimiento fué bruscamente cortado. Risas y aclamaciones irónicas, procedentes del apartado rincón llamado «la pequeña clase», llamaron la atención sobre un socio que acababa de levantarse. Era el cancionero, no del «Caveau», sino de la «Gruta». A la postre de cada banquete trimestral, cantaba con blanda y corta voz unas coplas de actualidad, adaptadas a la música de cualquier monserga en boga. Sus lilailas, su jovialidad, su físico, su falta de aliento, y sobre todo la seriedad con que se consideraba a sí mismo y a sus coplas, como una institución, divertían a los socios.

Acababa de golpear su plato con un manojito de llaves, y anunció, ya sofocado antes de haber emitido una nota:

— Gloria a la Sociedad de las Treinta mil Líneas, letra de un servidor de ustedes, adaptada al aire popular de *Totor, prête-moi ta bouffarde* (1).

Y cantó — si eso puede llamarse cantar — en medio de una hilaridad indulgente, unas estrofas, la primera de las cuales, libremente traducida en prosa, decía:

«Entre las agrupaciones insignes — que se afirman en torno de un banquete, — la de las Treinta mil Líneas — se lleva la palma. — Desde luego se ve en ella el bello sexo. — ¡Honor a las damas!..» Esto mortifica — al Jockey, la Unión, el Epatant, — el Agricultor..., ¡oh, patatas! — Sobre todo al Círculo Militar, — que no puede presentar tantas.»

Había una docena de estrofas de esta fuerza, lo cual pareció abusivo. Sin embargo, algunas señales de impaciencia fueron contenidas por la reprobación general. No se quiso afrentar al modesto Tirteo de las Treinta mil Líneas. Y tuvo para sí el silencio de los camareros de la «Truite au bleu», que suspendieron su ruidoso servicio de desembarazar la mesa para escuchar una literatura a su alcance, lo cual no hacían con los discursos ordinarios, cuando éstos se prolongaban.

En fin, todo el mundo se trasladó, en mescolanza, al salón inmediato, aun más exiguo que la gruta, donde las tazas de café se alineaban, con las copitas para la *chartreuse*. A pesar del orgullo que, según el cupletista, la Sociedad experimentaba por la presencia del bello sexo, los socios del sexo menos bello empezaron a fumar y a hablar muy alto, de pie, por grupos, en un total olvido de sus graciosas colegas. Justo es decir, en descargo de aquellos caballeros, que se hallaban en vísperas de la renovación de la junta directiva. El período electoral desencadenaba las pasiones en aquella pequeña república de las letras, como en cualquier otro dominio de sufragio universal. Las mujeres, a pesar de tener voto, guardaban una indiferencia relativa. ¿Era por excepticismo?, ¿por falta de costumbre de esa forma del poder? ¿Hemos de deducir de ello que las sufragistas, en política, no representarían una minoría de sus hermanas? En las Treinta mil Líneas, esos ardientes debates se envolvían tranquilamente en la bruma de los cigarrillos.

La tía Gigogne, cuyos cuentos en *L'Enfance laïque* habían divertido la infancia de la mayor parte de los socios, se veía reducida a agitar su diadema de plumas en medio de un corro de señoras, y a enseñarles su collar de perlas — cuando este collar no desaparecía en parte en los profundos surcos formados detrás de las clavículas. Detallaba al mismo tiempo las cualidades de sus perros, a quienes su marido daba el biberón.

— ¡Una monada!.., declaró ella. Unos animalitos que serán sin duda premiados en la próxima exposición canina. Mi marido me telefona dos veces al día para darme noticias de ellos... Sí, señoras. Como lo oyen ustedes. La cosa tiene importancia. Tanta importancia, al menos, como si se tratase de chiqui-

(1) Teodoro, bréstame tu pipa. (N. del T.)

llos. Con la diferencia de que, a mí, los chiquillos me darían asco.

- Debería usted escribir historias para perros, observó una colega.

- Se las cuento, a mis perritos, repitió la tía Gogone, sin turbarse. Y me comprenden. Al menos me escuchan, porque tienen buena educación. No son como todos esos habladores, añadió con un movimiento de cabeza y una mirada furiosa hacia los varones que conversaban tumultuosamente en medio de su nube de humo.

- Debería encontrarse alguna distracción para reunir a los caballeros con las señoras, dijo inocentemente una solterona.

- ¿Algún juegucito?, insinuó sonriendo una agradable socia, a quien las conveniencias retenían, muy a pesar suyo, entre las mujeres.

- No digo un juegucito. Pero sí un poco de música, por ejemplo. Recitaríamos versos - los que los hacemos, replicó la solterona, poniéndose hueca. En una sociedad tan literaria como la nuestra, da pena ver nuestras *soirées*. Terminada la comida, esos caballeros se creen en un fumadero o en una taberna.

- ¡Oh! saben portarse con galantería cuando les parece que vale la pena. Miren ustedes allá... Son una docena los que hacen la rueda en torno de Gil de Claircoeur y su sobrina.

- ¿Su sobrina?... ¡Vamos, señora!., exclamó una buena alma, encerrada en un cuerpo tan espeso que las rodillas no podían juntarse.

- Pues sí..., su sobrina, o ahijada. En fin, su hija adoptiva.

- Digamos «adoptiva», gruñó la obstruida garganta de la adiposa Treinta mil Líneas.

- Quizás empieza a estorbarla esa guapa chica a su lado. A causa del contraste, Claircoeur se agarra fuerte. ¿No les parece a ustedes que se vuelve coqueta? Gasta en vestir.

- ¡Oh!, sin embargo, esta noche lleva el mismo traje de la última vez.

- Sí..., sí... No quiero que se diga... Pero yo la encontré... En un auto. ¡Iba vestida con un lujo!.. Y la cara compuesta... Perfectamente. ¡Con los ojos húmedos y tan transportada de alegría!.. Ni siquiera me vió. Vagaba por los espacios imaginarios.

La señora de las rodillas irreconciliables se rascó la laringe, y murmuró en la dirección de Claircoeur:

- ¡Pobre vieja!, no por ti esos abejorros se empujan en torno de tu silla. Es inútil que gastes en trapos y afeites... Hay a tu lado una florecilla fresca que huele a miel... Miren ustedes los abejorros. Miren ustedes los que no se atreven a ir y miran de reojo, y rondan, buscando un pretexto.

Esta observadora tenía razón. Nada de este mundo, ni siquiera la cordial fraternidad de la Asociación de las Treinta mil Líneas, inspirará a los hombres los mismos sentimientos por señoras maduras, aunque sean geniales, que por una linda muchacha apenas mayor de edad. Todas las campañas feministas, aunque llegasen a igualar los derechos de ambos sexos, no igualarán, en el que tiene el pelo largo - no añadamos: «y las ideas cortas» - no igualarán jamás la fealdad a la gracia, ni el otoño a la primavera.

Sin embargo, a pesar de las insinuaciones, ni la madrina ni la ahijada se proponían hacerse una corte de adoradores entre los socios que las rodeaban. Claircoeur acababa de presentar Gilberta a una de las mujeres más humildes y más ancianas de la reunión. Proponía aquella camarada, con espanto de la misma, a la admiración de la joven.

- Piensa, hija mía, que la señora Vertol, que podría vivir tranquila, de una pensión y de sus rentas, continúa escribiendo, únicamente para criar a los huérfanos de nuestra sociedad. Cada vez que uno de nuestros colegas deja una familia en la indigencia, aparece la señora Vertol, que, además de socorrer a los necesitados, encuentra el medio de llevar, cada verano, todos sus pupilos a pasar un mes a la orilla del mar.

- ¡Oh! en una bicoca, una granja. No hable usted así de mí, mi querida señora de Claircoeur. ¡Hago tan poco!.. ¡Soy tan poca cosa!..

La voz delgada salía de una boca sin dientes. El viejo rostro, los ojos que se apagaban en el fondo de su órbita, el cuerpo demacrado, metido en un traje negro pasado de moda, adquirieron, para Gilberta, una belleza sagrada. Hasta encontró impresionable el cuidado de presentarse vestida con una elegancia seria en aquel banquete, a que otras asistían lujosamente ataviadas. Un cuello y puños de encaje, un broche que encerraba la fotografía y cabellos de un niño perdido muchos años hacía, una delgada cadena de oro que bajaba hasta la alta y estrecha hebilla de cinturón esmaltada, de la época de Luis Felipe, marcaban el cuidado que había tenido la anciana en

no singularizarse por una indumentaria demasiado sencilla. Esta coquetería delicada, que hubiera sido lamentable si no hubiese sido sublime, hirió las fibras profundas en el corazón, tan turbado aquella noche, de la señorita Andraux.

- ¿Me permite usted que la bese, señora?, preguntó ella. Será un honor que no olvidaré jamás.

En el coche, de regreso al bulevar Raspail, dijo a su tía:

- En tu Sociedad de las Treinta mil Líneas, los socios ¿se ayudan o se devoran entre sí?

- Las dos cosas. Es como en la vida, replicó su tía. Pero toda asociación multiplica la ayuda y reduce el despedazamiento al mínimo, por un mecanismo casi matemático, de que los mutualistas saben aprovecharse.

- También es la multiplicación de los elogios, madrina. El buen viejo a quien festejaban, y cuya carrera es casi desconocida, ha recibido tanto incienso y tantos aplausos como su célebre colega.

- Eso, hija mía, es el efecto de la justicia espontánea que a veces levanta a las muchedumbres. Si pensases los nobles esfuerzos y las bellezas - quizás mal presentadas - que hay en la obra oscura del viejo, y la habilidad, el charlatanismo y las seducciones equívocas que hay en las novelas favorecidas del otro, encontrarías sin duda menos distancia entre el autor de moda y el honorable escritor desdeñado. Esto es lo mejor que tienen nuestras asociaciones. En un momento dado, en un relámpago de lucidez y de equidad, se manifiestan impulsos generosos que restablecen el orden, y compensan un poquito los formidables caprichos de la boga y de la suerte.

A la mañana siguiente, apenas levantada, Gilberta envió Celina a comprar el *Gulliver*.

La muchacha desplegó lentamente el periódico, todavía húmedo de la impresión y fuertemente impregnado del olor de la tinta de imprenta, embriagadora para los noveles escritores.

El título de su crónica le saltó a la vista, en primera página, hacia la mitad de la última columna.

Volvió la hoja para ver su nombre - su nombre que millares de lectores, lo más selecto del mundo intelectual, sabios, hombres ilustres, poderosos..., ¡reyes! - leerían aquella mañana.

Dejó caer el periódico... Acababa de ver, en su imaginación, el automóvil esperando en la esquina de la calle de Spontini.

Sus ojos soñadores se volvieron hacia su árbol, que se estremecía en todas sus hojas, al recibir el rosado bautismo del nuevo día.

VII

*Las desdichas de una modistilla*, drama en seis actos y ocho cuadros, estaba casi a punto para la escena, pero como los ensayos no debían empezar hasta septiembre, Gil de Claircoeur vió la posibilidad de descansar fuera de París durante la canícula.

- ¿Qué te parece, Gilberta? ¿Si te llevase a Suiza? ¿O a la orilla del mar?.. A tu elección. Podemos disponer de seis semanas.

- ¡Oh!, madrina, ¡qué amable eres! Nos haría gran bien a las dos el salir un poco de este París.

- Creo que te haría gran bien a ti, que te pones muy paliducha. Yo estoy fuerte. Y París nunca me parece endiablado. ¡Estoy tan poco acostumbrada a los veraneos!

- Nunca te has dado buena vida.

- Me la darás tú. Las alegrías que se encuentran en un camino solitario, no cuentan. Un éxito obtenido para una sola es muy melancólico.

- Aquí estamos nosotros, madrina, y te queremos mucho.

La muchacha se mostraba más expansiva y más tierna, de algún tiempo acá. Un respetuoso aprecio impregnaba ahora sus ilusiones en la obra y en la carrera de Claircoeur. La vida ya no le parecía tan fácil. El talento no se impone a los demás con la evidencia que de él se tiene en uno mismo. Gilberta empezaba a comprender por qué lucha tendría que manifestar el suyo, y, desde luego, con qué fe tenaz tendría que seguir creyendo en él.

Al decir: «Aquí estamos nosotros», se identificaba con su familia, y con una intención tanto más marcada cuanto que, precisamente, los Andraux se mostraban menos afectuosos. Síntomas de un espíritu nuevo, en aquella gente, tan asidua antes con la tía Gil, que parecía quererla conquistar a fuerza de obsequiosidad.

Claircoeur no lo había notado - al menos no había hecho observación alguna sobre el particular delante de su sobrina. Quizás sus preocupaciones del

momento, que la absorbían del todo, la incitaban a considerar como un desembarazo la disminución de las sesiones familiares, de las visitas inesperadas, de las irrupciones como un torbellino. Pero ello empezaba a impresionar casi nerviosamente a Gilberta. Pocos días antes, había tenido que recordar a sus padres la fecha del cumpleaños de su madrina, y enseñar apresuradamente, a última hora, una felicitación a Lilia, que se presentaba sin haber aprendido ninguna.

Experimentó, pues, una verdadera satisfacción cuando, una vez resuelto el viaje a Suiza, y, naturalmente, anunciado por ella a su padre, Teófilo y Luisa le declararon, después de haberse concertado con una mirada, su intención de ir, antes de la partida, a hacer una visita a la tía Gil.

Esta clamó, como siempre, que no se trataba de visita, sino que vendrían a comer. Sobre todo, no habiendo resuelto nada todavía acerca de la carrera de Bernardo. Hablarían de ello seriamente.

Sin embargo, no fué el porvenir del muchacho lo que constituyó el fondo de la conversación. Bernardo parecía haberse enmendado. Con una gravedad acentuada por su larga cara huesosa, tez mate y ojos de fuego en sus profundas órbitas, lo cual hacía que pareciese un joven asceta de Zurbarán, reconoció la prudencia paternal, que le dirigía hacia lo que él llamaba - aun que con una ironía algo inquietante - el *in pace* (1) de la administración.

- Yo también me preparo, como Berta, para el concurso del Ministerio, dijo el muchacho.

- Lo dices por burla, replicó su hermana. Pero te aseguro que me presentaré en el próximo concurso para mujeres.

- Te felicito, pronunció Bernardo, con una seriedad tan llena de unción, que los felices padres se dignaron sonreír.

- ¿Y el aéro?, preguntó Gilberta. ¿Has renunciado a él?

Palabra imprudente, que si no tuvo consecuencias fué porque intervino la pequeña Natalia:

- Bernardo dice que se está mejor sentado en un sillón de una oficina que en el banquillo de un aeroplano, explicó la niña con la buena fe de la infancia.

Todos rieron y no se habló más del asunto. Pero, después de la comida, los señores de Andraux cambiaron una mirada.

- ¿Podríamos decir a usted dos palabras, tía Gil?

La llamaban así, como sus hijos. Ello rejuvenecía a Luisa.

- ¿En particular?, preguntó Claircoeur.

- Absolutamente.

La novelista se los llevó a su despacho.

- ¿Supongo que Criqueta no les estorba?

- ¡Oh!, si a usted le fuese igual, mi buena amiga. Va a saltarle sobre las rodillas..., y usted no se ocupará más que en sus gestos.

Claircoeur no negó esta verdad profunda. Los gestos de Criqueta, su manera de inclinar la cabecita según las entonaciones de las voces, los ojos sorprendentes que levantaba dejando ver un poco de blanco inferior, la interesarían seguramente mucho más que lo que dijeran los Andraux.

Gil se rindió a la evidencia.

- Anda Criqueta, ve a jugar con tu primita Lilia.

¡Parentesco exorbitante! Al abrir la puerta, Claircoeur no vió el gesto de los padres de Lilia, convertidos de pronto en tios de un cuadrúpedo. ¡Que los que nunca han tenido perro echen la piedra a Claircoeur! Teófilo y Luisa eran de esos infortunados.

Él tomó la palabra.

- Mi buena amiga, escucha... Se trata de un asunto algo delicado. Tú eres una mujer de buen sentido. Se te puede decir todo.

«¡Ay!», pensó la novelista, «¡alguna otra calavera de Bernardo, escandalizando a la mosquita muerta de Luisa!»

- Habla, mi querido Teo, contestó con franqueza. Sabéis que quiero a vuestros hijos como si fueran míos.

- Precisamente eso nos anima. ¿Ves, Luisa? Nuestra Gil no tiene menos cariño a esas pobres criaturas, ¡qué diablo! Un entusiasmo, una temeridad pueden cegar un instante. Eso no llega al fondo del corazón.

Luisa pareció no haber comprendido que su esposito se dirigía a ella. Su cara rosa, sin ningún rasgo bonito, sin expresión, pero que ella tenía por hermosa y distinguida, a causa de una boca demasiado pequeña, de una nariz algo chata y de dos ojos fríos, de un azul de porcelana, no se alteró. Sin embargo, los estrechos y rosados pliegues de los labios frunciéronse en torno de una abertura ya demasiado pe-

(1) Juego de palabras en que la expresión *in pace* (en paz) se pronuncia como la palabra francesa *impasse* (callejón sin salida), (*N. del T.*)

queña, cuyo destino aparenta desnaturalizarse de una manera lastimosa.

— ¿Qué quieres decir?, preguntó Claircoeur a Andraux.

Había palidecido algo. Pero, sentada contra la luz, en el crepúsculo del estío, se felicitó de que no viesen si experimentaba alguna turbación.

— Tú escribes para el teatro, prosiguió Teófilo. No tengo necesidad de decirte que es un capricho... vamos... entre nosotros... bastante peligroso.

— ¡Un capricho!.. Pero si es mi profesión de escritora.

— ¡Oh! tú eres novelista. Triunfas en el folletín. Pero eso no quiere decir que hayas de triunfar en la escena. El teatro... es una carrera aparte. No se improvisa un autor dramático.

— Si fracaso... no seré la primera ni la última que se aventure.

— Aventurarse: ésa es la palabra.

— La aventura no ofrece muchos peligros, aunque la hayas calificado de «peligrosa». Al menos, yo no los veo...

— Renuncias a escribir tu novela anual. El director del *Petit Quotidien* puede quejarse de ello.

— ¡Oh! Boisseuil es un amigo. Además, es cosa arreglada. Me he entendido con él.

— ¡Ah!.., se dará cuenta de que puede prescindir de ti. Y los lectores también.

Claircoeur se irguió nerviosamente.

— En fin, mi buen Teófilo, eso es cuenta mía.

— Ciertamente, mi querida hermana... (Andraux se atrevía a emplear este vocablo en las grandes ocasiones.) Sin embargo, nos has acostumbrado a hablar abiertamente de todo, con nosotros, hasta de tus intereses. ¡Cuántas veces no me has dicho: «Teo, una mujer sola como yo, en la vida, puede ser explotada, engañada; ¡dame tal o cual consejo!..» Entre otras cuestiones, sobre colocación de dinero. Lo recuerdo perfectamente. Y añadías: «Eres mi hermano!»

— Es muy cierto. Pero, esta vez, ¿te he pedido yo consejo?

Aquí Luisa intervino.

— ¡Oh!, hija, ¡qué tono! No tiene usted necesidad de tomarlo así. Además, Teófilo, yo no te comprendo tampoco. Te embarcas en cuestiones de dinero. ¿Es que eso nos preocupa? Tú mismo me has dicho: «Gil se queda sin escribir su novela de este año. Son cincuenta mil francos que tira al agua. Pero habrá que felicitarla si la cosa no le cuesta más.» Jamás entró en nuestro cálculo el hacerle ver el abismo que ha abierto en su caja. Parecería que pensamos en el porvenir de nuestros hijos. Que su tía se arruina o no, no dejarán de ser personas honradas, tales como los habrá formado nuestro ejemplo. Esto es lo esencial.

Una mezcla de vinagre y ácido cítrico, empleada como enjuague, escuchando aserrar una piedra, provocaría la misma contracción de mandíbulas y acidez de saliva producida por semejante elocuencia. Claircoeur no escapó a tal efecto. Necesitó un instante para dejar extinguirse en sus oídos el rechinar de las palabras y del tono. Contuvo una réplica furiosa y ofensiva, que hubiera expiado con lágrimas de sangre. Porque un rompimiento con los Andraux era la pérdida de todo lo que representaba para aquella mujer ávida de ternura, el pan cotidiano de su corazón, el alimento sin el cual le sería doloroso vivir.

Por fin pudo replicar tranquilamente:

— ¿Qué hay pues de perturbador en el hecho de que yo termine una obra dramática para que sea representada este otoño, si dejamos aparte las cuestiones de interés?

— Voy a decirselo a usted, declaró Luisa. Teófilo emplearía dos horas, con sus «peros» y sus ambages. Nada mejor que la franqueza. Yo soy madre. Como tal, puedo sentir y expresar matices que un hombre ignorará siempre... Es una madre la que le habla a usted, Gil de Claircoeur.

Claircoeur se guardaba de ponerlo en duda. No había necesidad de afirmar este detalle con tanto énfasis. Y mucho menos para hacer la pregunta que siguió luego:

— Gil, usted cuenta ir a Suiza, ¿verdad?

— Sí.

— ¿Y llevar a Gilberta?

— Naturalmente.

— ¿Es que el Sr. Fagueyrat irá a reunirse con usted?

— ¡A reunirse conmigo!..

Claircoeur oyó resonar en sus oídos el latido de sus arterias. Después de una pausa, habló Teófilo.

— Sin duda. ¿Hay algo más verosímil? Trabajan ustedes diariamente juntos. Su colaboración no puede interrumpirse durante seis semanas..., precisamente en el momento de llegar a la meta.

— No comprendo por qué me preguntan ustedes eso, dijo la novelista cuya voz se estremecía.

— Porque, en tal caso, amiga mía, podría dejarnos a Gilberta.

Claircoeur dió un grito profundo.

— ¡Oh! ¡esa niña... que yo he educado!..

— Gilberta no es ya una niña, declaró la madrastra. Es una señorita cuya reputación está a merced de una habladora, de una apariencia sensible. Usted vive apartada del mundo, mi pobre amiga, e ignora ciertas interpretaciones...

El mundo del cual Claircoeur vivía apartada, y cuya opinión tenía fuerza de ley, según Luisa, se componía de los inquilinos de la casa del barrio de Grenelle, habitada por los Andraux, de la portera, porta-voz de los inquilinos, de una jornalera, de algunas señoras de empleados en el Ministerio, y, sobre todo, del Sr. Cochart, jefe de negociado, cuya vana tentativa galante cerca de Gilberta le tenía saturado de sospecha y de hiel.

— Sí, repitió Luisa, meneando la cabeza, el mundo es implacable. Hay que tomarlo como tal.

— Nos han hecho comprender, repuso Teófilo, que esa promiscuidad con cómicos podría dar que murmurar acerca de mi hija. Y hasta...

— ¿Y hasta?.., repitió Claircoeur.

— Y hasta hacer nacer en ella ciertas ideas, empañar su inocencia. La familiaridad, la libertad de esa gente...

— ¡Basta, Teófilo, basta!.., ¡por favor! ¡No reflexione usted lo que dice!..

La sublevación de Gil, no por ser tardía, hervía con menos violencia. Pero la mujer, así empujada fuera de sí, no se fiaba de sus impulsos. Sabía que a fuerza de guardar contemplaciones a los demás, se había enajenado el derecho de lastimar en lo más mínimo su orgullo o su sensibilidad. De su parte, la menor contestación un poco viva era una injuria. Y, como no sacaba el valor de afirmarse más que del dolor o de la cólera, toda reacción de su personalidad, aun ante la peor de las injusticias, le daba visos de extralimitarse y cargaba con la culpa.

¿Qué hubiera dicho, en efecto, que no fuese terrible, que no hiciese rugir a los dos esposos? La visión de su hermana moribunda fulguraba en ella. Luego, el largo período triste de su soledad con la niña abandonada. La lucha por la vida. Y aquella niña..., aquella criatura idolatrada..., su Gilberta... ¡Se atrevían!.. Lágrimas de furor y de pena la sofocaron. Y le dió rabia llorar, como si fuese una derrota.

— Mi pobre amiga..., no se exalte de esa manera. Vea usted las cosas como son.

Entre sollozos, como una culpable que se excusa — y tenía conciencia de ello, y la humillación la convulsaba —, la que ostentaba un nombre de paladín, la socia influyente de las Treinta mil Líneas, la providencia de los ingresos en el *Petit Quotidien*, defendió su propia causa ante las caras glaciales de su seudo cuñado y de su pretendida cuñada. Haciendo esto, experimentaba un amargo descontento de sí misma, porque, ¿no era reconocer su superioridad moral y la legitimidad de su intervención?

¿Cómo podían suponer que Gilberta no estuviese segura en su casa, como con la más cuidadosa y recelosa de las madres? La muchacha no la acompañaba al teatro. No asistía a los ensayos. No frecuentaba cómicos; no estaba expuesta a las «familiaridades y libertades de esa gente». Veía al Sr. Fagueyrat. Pero el Sr. Fagueyrat era hombre de una educación perfecta, de un comportamiento irreprochable...

Luisa y Teófilo cambiaron una furtiva sonrisa.

— Además, el Sr. Fagueyrat no es ya simplemente un actor, es un empresario y director de teatro.

— Esperemos que haya dirigido, observó la señora Andraux.

— En fin, repuso el marido, ¿es verdad lo que han dicho: que ese cómico tenía que reunirse con usted en Lucerna? Lo cual le pondría a usted en evidencia — pero eso es cuenta de usted — y pondría aún más en evidencia a Gilberta, convenga usted en ello, añadió maliciosamente. Y esto me parece que es de mi vigilancia paterna.

— Han dicho... ¿Quién ha dicho esta villanía?.., preguntó Claircoeur.

Esta recobraba su calma, exteriormente al menos. Pero, al paso que sus nervios se apaciguaban, subía en ella una ola de tristeza más grande. Sentimientos inexplicables e inexplicados, hasta en su fuero interno se levantaban, como despertados por el efecto de las malas palabras, y contribuían a trastornarla.

El Sr. Andraux sacó un recorte de periódico y, solemnemente, lo puso delante de los ojos de Gil.

Una vaga gacetilla del *Courrier des Theatres* enumeraba veraneos de autores dramáticos, empresarios y actores. Se aseguraba que el Sr. Fagueyrat, que preparaba una sorpresa sensacional para la reapertura

del Louvois, iría a proponer un maravilloso papel femenino a una de las más deliciosas estrellas del arte que París admiraría en el invierno próximo en el cémit de su cielo. Sería una revelación. Que el curioso lector adivinase la estrella futura, entre las jóvenes actrices que, en aquel momento, hacían una cura de altura entre los glaciares del Oberland.

— ¡Pero el Oberland no es Lucerna!, exclamó la novelista. ¡Y la estrella no soy yo!

— Su contestación es ridícula, dijo agriamente Luisa. Nunca se la ha acusado a usted de ser una estrella.

— Eso no impide, repuso Teófilo (porque las palabras de los esposos alternaban como las estrofas y antistrofas del coro antiguo), eso no impide que nuestros amigos, tan pronto como han sabido que usted se iba a Suiza, se hayan sonreído maliciosamente y hayan exclamado: «¡Naturalmente!»

Era su mujer la que había lanzado aquella exclamación, acompañándola de la sonrisa maliciosa, cuando la costurera que la vestía con persistente mal gusto le facilitó el recorte de periódico. Esta costurera, que había ido a trabajar a casa de Claircoeur, le echó a perder un vestido — por este motivo perdió la cliente —, y llevaba a la señora Andraux los chismes más pífidos que podía descubrir o sugerir sobre la señora Claireux. (Ambas afectaban dar a la escritora su verdadero nombre, y eso cuando no la llamaban «la Claireux».)

La autora de *Las desdichas de una modistilla* callaba ahora, consternada. Si la gacetilla reproducía una noticia exacta, se trataba de Blandina Jazmín. Diversos indicios, bastante precisos, no la permitían dudar. Sin embargo, Fagueyrat, so pretexto de darle una falsa alegría antes de estar seguro, aplazaba la relevación de un nombre que, a su juicio, había de ser poco grato a la autora.

— Vamos, mi buena Gil, mi querida hermana, insinuó Teófilo, veo que lo piensas (ahora la tuteaba para significarle su afecto). Vas a rendirte a nuestras razones, lo estoy viendo. Di, francamente, ¿no estamos en lo cierto?

— ¡Pero, Señor!.., dijo Claircoeur lentamente, es preciso sin embargo que yo gane la partida considerable que juego este año. So pretexto de que soy mujer, no debo desinteresarme de una obra que puede producirme más que una novela — que debe, al menos, producirme igual si no quiero haber perdido un año.

— No decimos lo contrario.

— ¡La Suiza... poco me importa!, dijo la pobre literata con amargura. Es cierto, confieso que debía verme allí con Fagueyrat... ¡Oh!, una hora apenas, entre dos trenes — añadió ella en seguida ante el gesto que sintió como una bofetada —. Debía presentarme nuestra principal intérprete.

— Su amiga, esa Jazmín, pronunció Luisa, con el indecible desdén de toda su cara chata, de una juventud avejentada, y los pliegues intensos de su boca retráctil.

— ¡Bonita compañía para Gilberta!, dijo Teófilo.

— ¡Oh!, dijo amargamente Claircoeur, si hace representar mi modistilla por Blandina Jazmín, no necesito ver a esa señorita antes de los ensayos.

— ¡Cómo «si hace representar»!.. Pero si tiene que darle por fuerza ese papel, proclamaron a un tiempo ambos esposos, confundiendo esta vez las dos partes iguales del coro, que formaron el epodo.

¿Por fuerza?.. Claircoeur no comprendía. Pero no le hicieron esperar el comentario. ¿Es que el marqués de Sepol, presidente de la Sociedad a la cual pertenecía el edificio de las Fantasías Louvois, no había determinado ceder el arrendamiento a Fagueyrat con ventajas particulares?

— ¡Oh! ¡ventajas!.., exclamó la autora, que había pagado para saber lo contrario.

— En fin, es el marqués de Sepol quien exige un primer papel para Blandina Jazmín. Fagueyrat no es empresario sino con esa condición, y aceptando a medias con el marqués la amistad de esa señorita. He ahí el caballero que usted nos da como modelo de distinción.

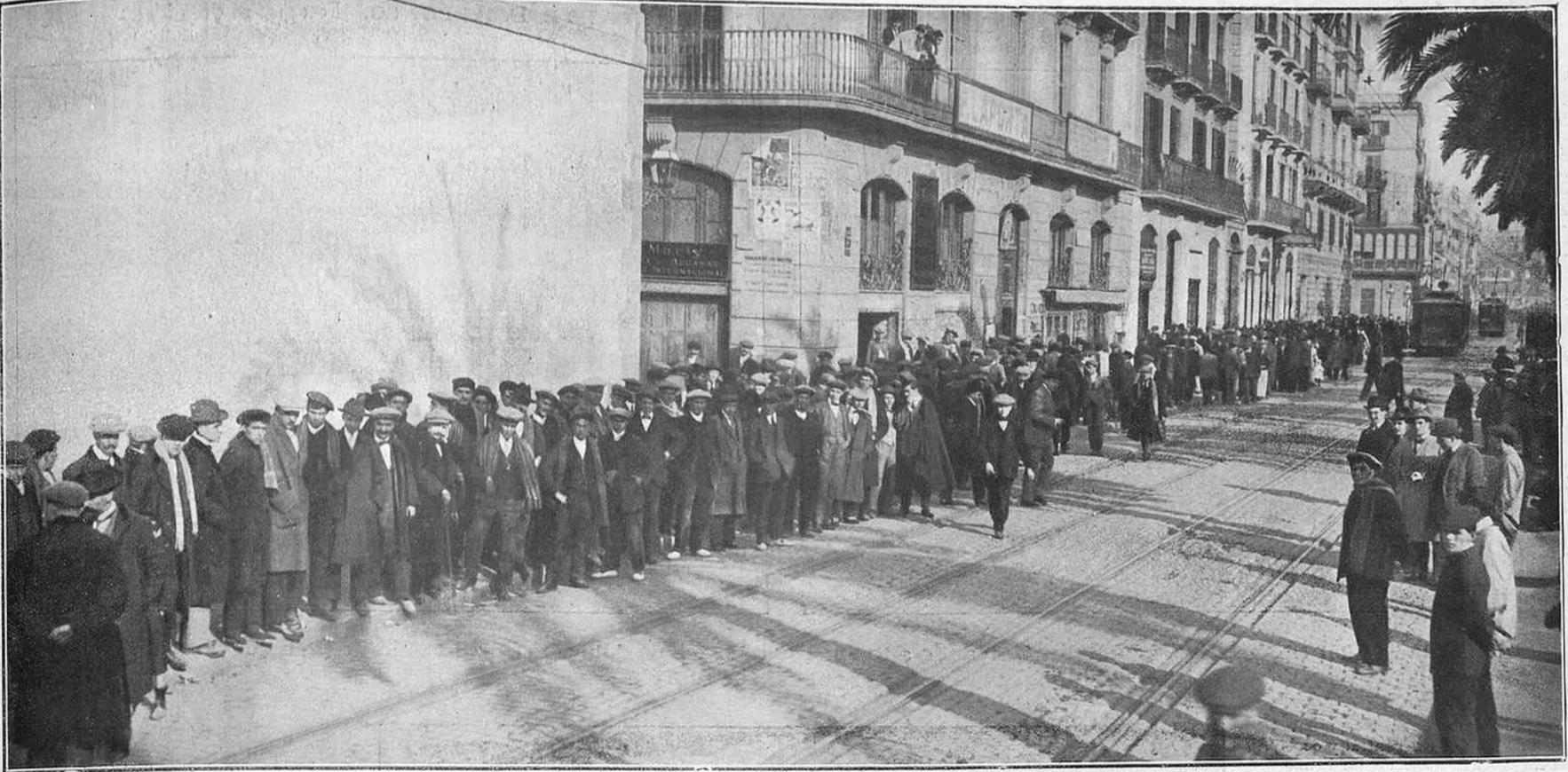
— ¡Es falso!, gritó Claircoeur. Les prohibo a ustedes, ¿entienden ustedes?, ¡les prohibo decir semejantes infamias!

La vehemencia, la sinceridad de su indignación abatieron la audacia de la pareja Andraux. ¿Por qué había de sufrir por su victoria más que aquellos a quienes la imponía? En seguida temió mortificar y ser injusta.

— Mi indignación no va contra ustedes. ¿Cómo habían de saber?.. ¡Es posible que circulen semejantes infamias!..

— ¿Ve usted, mi pobre Gil, lo que sería de la reputación de nuestra hija?

(Se continuará.)



Barcelona. - Reclutas formando cola para presentar en la Comandancia de Marina sus instancias el último día señalado para la inscripción marítima. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

BARCELONA. - LA INSCRIPCIÓN MARÍTIMA

La circunstancia de no estar comprendidos en la ley del servicio militar obligatorio los que se inscriban para el ejército de mar, ha hecho que fuesen en gran número los que, cumpliendo veinte o veintidós años en 1914, quisieran aprovecharse de esta excepción que, entre otras ventajas, ofrece la de poder redimirse en absoluto de todo servicio, así en tiempo de paz como de guerra, mediante el pago de la cuota de 1.500 pesetas.

Cerrada la inscripción para el presente año, el Gobierno concedió, sin embargo, varias prórrogas, la última de las cuales terminó a las doce de la noche del día 24 del pasado noviembre. En Barcelona han sido muchísimos los mozos que se inscribieron, no sólo de la capital, sino también de todas las poblaciones marítimas sometidas a la jurisdicción de esta Comandancia; el último día especialmente la afluencia de reclutas fué tan extraordinaria, que se formó una cola larguísima en el Paseo de Colón, según puede verse en el adjunto grabado.

Exceden de 3.000 los mozos que sólo en esta Comandancia han presentado sus instancias solicitando la inscripción.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN  
POR AUTORES O EDITORES

**LAS FUNCIONES HIPERBÓLICAS Y SU APLIKAZIÓN A LOS PROBLEMAS DE INJENIERÍA ELÉKTRIKA**, por A. E. Salazar. - En este trabajo del sabio profesor de Electrotecnia de la Universidad de Chile se estudian primeramente las funciones hiperbólicas, según las teorías de Kennelly, uno de los fundadores de la teoría y de la nomenclatura del circuito alterno, y luego se establece la deducción de las ecuaciones exactas de las líneas de transmisión de potencia por corrientes alternas en términos de las funciones hiperbólicas complejas. Un folleto de 26 páginas escrito según la ortografía adoptada por algunos publicistas chilenos, e impreso en la Imprenta Universitaria. Precio, un centor = un centígramo de oro.

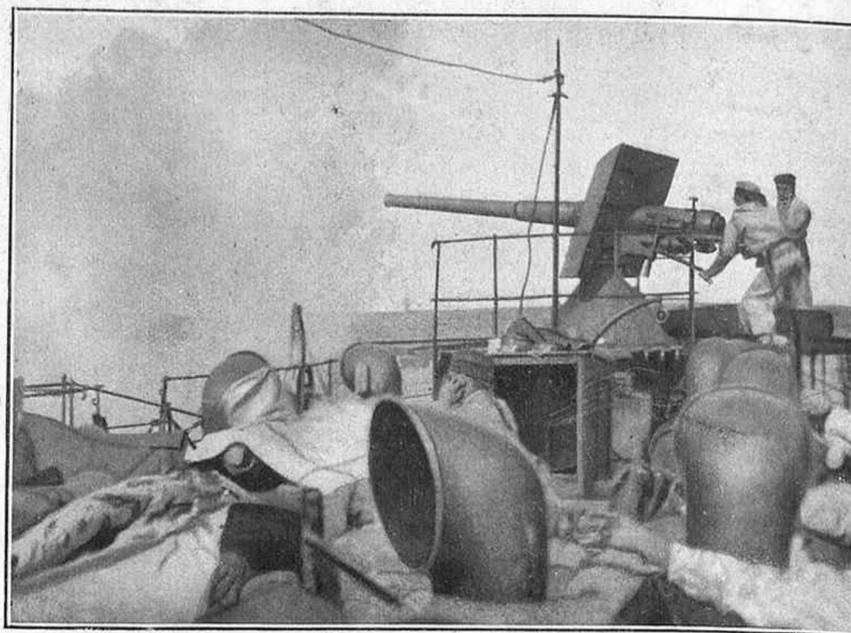
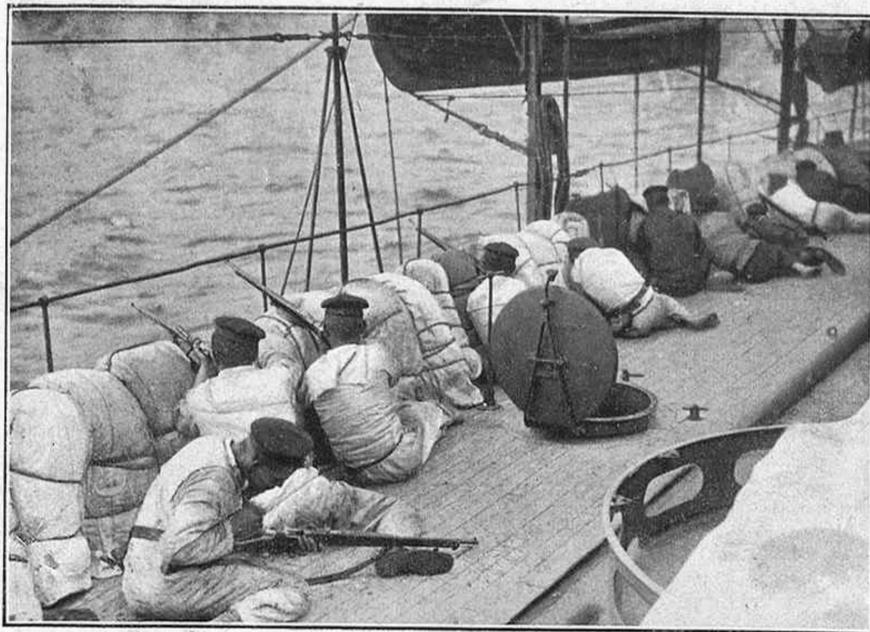
**ALMANAQUE BAILLY-BAILLIERE PARA 1914.** - El éxito siempre creciente de esta publicación, que es una verdadera enciclopedia de conocimientos útiles y universales metódicamente ordenados y clasificados, constituye su mejor alabanza. Entre los artículos insertos en el tomo correspondiente a este año figuran: *Los cementerios del Cielo, De dónde proceden las estrellas fugaces, Cómo se conservan las flores, La botica en casa, El buen sueño y el insomnio, Cárteles y trusts, Los jefes de Estado y los progresos legislativos, Las fuenzas desconocidas, El teléfono, Los españoles en los Balcanes, Red radial telegráfica militar de España, El cultivo con dinamita, El año silatético, El golf, El bridge, Los grandes aviadores, Los grandes matadores* y otros muchos no menos interesantes y todos ilustrados con numerosos grabados. Además los compradores tienen participación en unos quinientos regalos y en un billete de la lotería de Navidad. Un tomo de 520 páginas editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere; precio, 1,50 pesetas en rústica y 2 encuadernado.

**LOS NIÑOS MAL EDUCADOS**, por Fernando Nicolay. - La circunstancia de haberse agotado en poco tiempo tres ediciones de esta interesantísima obra es la mejor recomendación que de la misma puede hacerse. La cuarta edición que acaba de publicar el editor barcelonés Gustavo Gil ha sido primorosamente impresa y revisada con especial cuidado. El libro de Nicolay, traducido a todos los idiomas de Europa, es bastante conocido para necesitar ser alabado; por esto nos limitaremos a decir que en él, además de la profundidad de juicio, el rigor y de la gracia y amenidad del célebre literato, campea la moral más sólida, y que su lectura ejerce grandísima influencia en todos los hogares. Un tomo de 456 páginas; precio, 5 pesetas en rústica y 6 encuadernado en tela inglesa.

**Si quereis tener la piel fina y delicada lavaos con Jabon HENO de PRAVIA**

A. Ehrmann.

MARRUECOS. - EN ALHUCEMAS. OBSEQUIO A S. A. R. EL INFANTE D. ALFONSO. (Fotografías de Vidal.)



La marinería del cañonero «Proserpina» tiroteando a los moros rebeldes de Alhucemas. - El cañón de proa del «Proserpina» disparando sobre el poblado de Stemand-Lemás

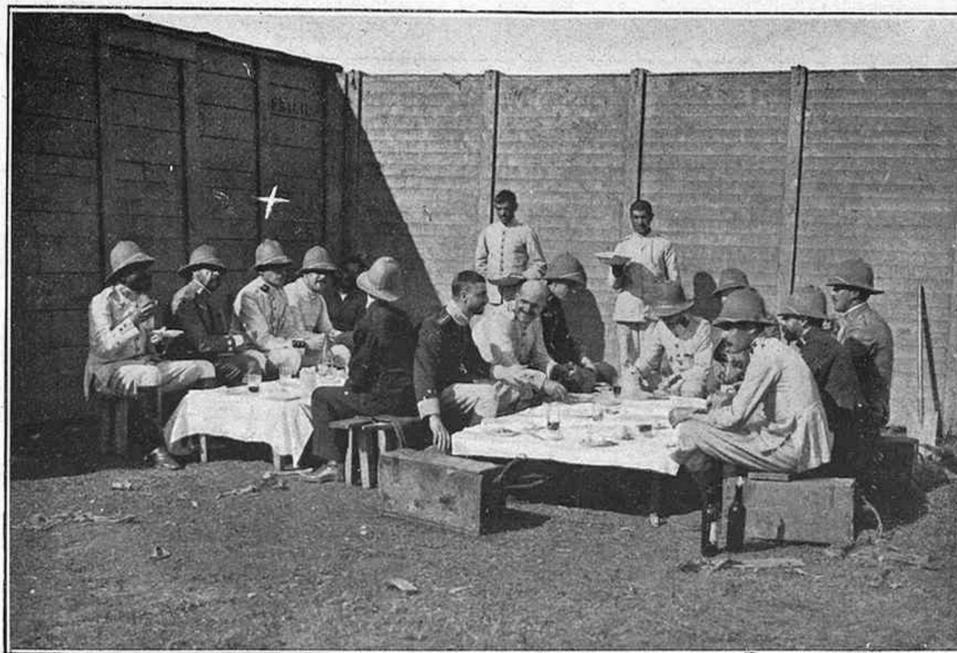
Hace próximamente un mes, numerosos cabileños del Rif central y occidental reconcentraron en Bu Ermana con el propósito de hostilizar a nuestras tropas; pero la derrota que sufrieron en aquel entonces les sirvió de escarmiento y durante algún tiempo mantuvieron en actitud pacífica.

Recientemente, sin embargo, los Beni Urriagel han vuelto a hostilizar desde su campo, con débil fuego de fusilería, la plaza de Alhucemas que, en un principio, no contestó a aquella agresión; mas habiendo arrojado en sus ataques los rebeldes, nuestros soldados hubieron de contestar a la agresión y uno de nuestros barcos de guerra cañoneó algunos poblados enemigos.

En los montes de la cabila de Beni Urriagel se vieron noches pasadas numerosas hogueras que, según referencias indígenas, tenían por objeto convocar una *junta* de moros para tratar de la cuestión actual.

También ha sido vivamente tiroteado el Peñón de Vélez de la Gomera, habiendo durado el fuego todo un día, sostenido de una parte por los moros apostados en lo más alto de la costa y de otra por los soldados de la segunda compañía del segundo batallón de San Fernando que guarnece aquella plaza.

El enemigo procuraba, sobre todo, dirigir sus tiros contra el emplazamiento de la batería, la cual contestó disparando por elevación sobre los grupos de rifeños y sobre los aduares.



Banquete ofrecido a S. A. R. el infante D. Alfonso (x), con motivo de su cumpleaños, por sus compañeros los aviadores militares

En el ataque de Alhucemas resultaron heridos un soldado y un marinero de la compañía de mar de Melilla que prestaba el servicio de vigía en lo alto de la torre.

El diario de Melilla *El Telegrama del Rif*, comentando estas nuevas agresiones, deja entrever que obedecen, en gran parte, a manejos de agentes extraños, quienes laboran para contrarrestar nuestra acción y mermar la influencia que hemos adquirido en aquella zona, valiéndose para ello de noticias falsas y sembrando la discordia entre los indígenas.

A pesar de ello, son cada día más numerosas las familias que con sus ganados y enseres van regresando a sus antiguos aduares, poniéndose bajo el amparo de las autoridades españolas, las cuales ponen a su disposición los elementos necesarios para que puedan reparar los desperfectos que sus antiguos hogares han sufrido.

Hace pocos días, en el campamento de aviación militar de Tetuán, los aviadores obsequiaron con un banquete a su compañero el infante D. Alfonso, con motivo del cumpleaños de éste. Sabido es que el Infante se ha conquistado grandes simpatías entre sus compañeros y entre sus subordinados por su llaneza, por su carácter afable y por su espíritu verdaderamente militar; y estas simpatías se exteriorizaron en

aquella fiesta sencilla, por las circunstancias en que se realizó, pero en la que reinaron la mayor animación y la más franca cordialidad.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES O EDITORES

LA FILOSOFÍA CRISTIANA DE LA VIDA, por el P. *Tilman Pesch* (S. J.). Versión directa de la 10.ª edición alemana por el P. *Victoriano Izquierdo* (S. J.). - El ilustre escolástico alemán, infatigable impugnador de las doctrinas panteístas, materialistas y sobre todo del positivismo, expone en este libro los más graves problemas teológicos y filosóficos con tal precisión y tan incontrovertibles razonamientos, que si el lector tuviese alguna duda sobre las verdades y los principios de nuestra sacrosanta religión, por necesidad quedaría convencido. Esta obra, en la que la sencillez de la exposición contrasta con la sublimidad de las ideas, es de utilidad suma para los eclesiásticos, religiosos, seminaristas, filósofos y teólogos y en general para cuantos deseen instruirse científicamente, en las

verdades de la Religión. Dos volúmenes de más de 800 páginas, editados en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 8 pesetas en rústica y 10 encuadernados en tela inglesa.

¿QUÉ PUEDE SER UN TRATADO COMERCIAL CON FRANCIA? - Ante los anuncios de próximas negociaciones para concertar un tratado de comercio con Francia, el Consejo Superior del Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona ha publicado este importantísimo trabajo en el que, después de estudiar a fondo y con abundantes datos lo que España exporta al país vecino y lo que de él importa, se demuestra la inoportunidad del tratado, se señala la intransigencia de los industriales franceses, se examina nuestro actual régimen arancelario, copiando los juicios sobre él emitidos por los Sres. López Puigcerver, Moret y Maura, y se excita al gobierno a dilatar toda solución que no armonice los diversos ramos de nuestra producción industrial y agrícola. Un folleto de 64 páginas impreso en Barcelona en la imprenta Sabaté.

EL CENTURIÓN, novela de los tiempos mesiánicos, por A. B. *Routier*, traducción de *Francisco Melgar*. - Esta novela ha sido traducida a todas las lenguas de Europa y ha merecido los más grandes elogios de la crítica literaria, de los más famosos escritores, de los prelados y del mismo Santo Padre, que dirigió al autor una carta llena de efusión y de alabanzas. Es una narración en extremo interesante del drama divino del Evangelio y de la Pasión; una verdadera obra maestra de penetración desde el punto de vista sociológico psicológico; una serie de hermosos cuadros llenos de encantos, de verdad y de realidad que conmueven y admiran profundamente y sobre los cuales se destaca serena y grandiosa la divina figura del Redentor. La obra ha sido editada con gran lujo, con láminas a dos colores del genial artista Juan Llimona, y forma parte de la «Biblioteca Emporium», que con tanto éxito edita en Barcelona D. Gustavo Gili. Un tomo de 368 páginas; precio, 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en tela inglesa con planchas de colores.

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle*, *Littré*, *Salva* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. - Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. - Cuatro tomos: 65 pesetas.

Montaner y Simón, editores. Aragón, 255, BARCELONA

INNSBRUCK, TIROL

ESTACION DE VERANO Y DE INVIERNO  
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE  
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEER

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACION.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN